
HARLEQUIN
Deseo™
CATTLEMAN'S CLUB
DESAPARECIDO
UNIDA A TI
KATHIE DeNOSKY



UNIDA A TI

KATHIE DENOSKY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Unida a ti, n.º 118 - junio 2015
Título original: It Happened One Night
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6379-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Cuando Josh Gordon llegó a la casa de su novia quería dos cosas: hacerle el amor a Lori y, después, dormir. Había pasado un largo día trabajando en Gordon Construction y una noche todavía más larga cenando con un cliente que estaba dudando entre encargar la construcción de un nuevo edificio de oficinas a Josh y a su hermano gemelo, Sam, o a la competencia.

Habían estado bebiendo hasta que había conseguido que el otro hombre accediese a contratar los servicios de Gordon Construction. Ese era el motivo por el que había decidido pasar la noche en casa de Lori; no estaba en condiciones de conducir. Y como esta le había dado una llave de su apartamento varias semanas antes y vivía a solo unas manzanas del restaurante, le había parecido que lo más sensato era ir hasta allí andando en vez de conducir hasta su rancho, situado a las afueras del pueblo.

Su relación era más física que emocional, pero eso no le importaba. Ni Lori ni él querían más, y Josh no pensaba que hubiese nada de malo en que dos adultos pasasen el tiempo disfrutando el uno del otro mientras durase la atracción.

Atravesó el salón de Lori a oscuras y se dirigió hacia el pasillo que llevaba hasta su habitación también a oscuras porque le dolía la cabeza y pensó que el brillo de una bombilla solo le haría sentirse peor.

Se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta del traje mientras abría con cuidado la puerta de la habitación, se deshizo del resto de la ropa, se metió en la cama y, sin pensárselo dos veces, abrazó a la mujer que había en ella y buscó sus labios para despertarla.

Le pareció oír que murmuraba algo un instante antes de empezar a devolverle el beso, pero no prestó atención. Estaba demasiado cautivado por ella. Lori nunca le había sabido tan dulce y el olor de su nuevo champú le hizo ansiar más de lo habitual hacerle el amor.

Notó sus manos en los hombros, en el pelo, lo estaba besando con semejante pasión que Josh se quedó sin aliento. Era evidente que lo deseaba tanto como él a ella. No dudó en levantarle el camisón hasta la cintura y, sin romper el beso, le quitó la ropa interior, de seda y encaje, y le separó las piernas.

Josh pensó que se le iba a salir el corazón del pecho mientras se colocaba encima de ella para penetrarla de un solo empellón.

Se movió a un ritmo rápido y se maravilló con lo bien que se sentía en su interior y con la perfección con la que encajaban sus cuerpos, pero la pasión lo aturdió de tal manera que le ofuscó completamente la razón y Josh achacó la confusión a que había bebido demasiado vino en la cena.

Cuando notó que ella estaba a punto de llegar al clímax, la penetró

todavía más profundamente. Unos segundos después terminaba en su interior y la oía gemir de placer.

–Oh, Mark, ha sido increíble.

Josh se quedó completamente inmóvil mientras intentaba procesar lo que acababa de oír. La mujer con la que acababa de hacer el amor lo había llamado Mark. Y, por si eso fuera poco, lo había hecho con una voz que no era la de Lori.

¿Qué había hecho? ¿Dónde estaba Lori? ¿Y con quién acababa de hacer el amor?

Recuperó la sobriedad en un instante y se sentó en la cama para buscar su ropa mientras balbucía:

–Yo... lo siento mucho. Pensé... que eras Lori.

La mujer guardó silencio unos segundos, luego dio un grito ahogado y se incorporó también.

–¡Dios mío! No puede ser... No... Tú debes de ser...

–Josh –dijo él en su lugar, al ver que a la mujer le costaba centrarse.

De espaldas a ella, se puso los pantalones y la camisa, aunque en la oscuridad no pudiesen verse, le pareció lo correcto.

–Lo siento mucho.

Josh supo que una disculpa no era suficiente, dadas las circunstancias, pero no supo qué otra cosa hacer o decir.

–Te prometo que pensaba que eras Lori.

–Soy... su hermana –le dijo la mujer.

Josh sabía que Lori tenía una hermana, pero dado que su relación era más bien física, nunca habían profundizado en los detalles de la vida del otro. Así que si Lori le había dicho cómo se llama su hermana, él no se acordaba.

–Ojalá esto no hubiese...

–No, Josh –lo interrumpió ella–. Márchate y ya está...

Él dudó y después hizo lo único que podía hacer, levantarse de la cama y marcharse de allí. Acababa de cerrar la puerta de la calle a sus espaldas cuando oyó que echaban la llave y también la cadena.

Entonces se le volvió a acelerar el corazón. Él había estado lo suficientemente borracho y ella, lo suficientemente dormida, como para no pensar en utilizar protección. Era la primera vez que le ocurría y le pareció mentira que hubiese sido en aquella ocasión.

Completamente sobrio en esos momentos, sacudió la cabeza y fue hasta el aparcamiento del restaurante, donde seguía estando su Mercedes. Iría a casa y cuando se despertase a la mañana siguiente, con un poco de suerte se daría cuenta de que había estado soñando.

Pero al meterse en el coche y encender el motor supo que no iba a ser el caso. La realidad era que había hecho el amor con la hermana de su novia, la mujer más caliente y receptiva con la que había estado en toda su vida. Y, lo que era peor, que no sabía cómo era físicamente ni cómo se llamaba.

Capítulo Uno

Tres años después

De pie en el pasillo que daba a la sala de reuniones del Club de Ganaderos de Texas, Kiley Roberts suspiró pesadamente. Un par de meses antes alguien había entrado a destrozar la guardería del club y en esos momentos tenía que enfrentarse al comité de financiación, al que quería pedirle un aumento de los fondos que necesitaba para poder dirigirla. A juzgar por lo que todo el mundo decía, aquella era una batalla complicada de ganar. Varios miembros del comité habían estado en contra de la creación de una guardería en el club, entre ellos, el presidente de dicho comité, Josh Gordon.

Nunca los habían presentado formalmente y Kiley no estaba segura de si este sabía quién era ella, que, por su parte, sí que lo conocía y sentía vergüenza solo de pensar que tenía que hablar con él.

Había recordado todos los detalles de lo ocurrido aquella noche, tres años antes, nada más enterarse de que Josh era miembro del club, pero cuando se había enterado de que, además, era el presidente del comité de financiación, que era la persona que controlaba el dinero con el que funcionaba la guardería, se había sentido como si le hubiesen dado una patada en el estómago. Como directora del centro, Kiley tenía que acudir al comité para que este aprobase cualquier gasto que no estuviese incluido en el presupuesto. Lo que significaba que tendría que hablar con frecuencia con Josh.

Respiró hondo para tranquilizarse. ¿Cómo podía ser tan cruel el destino?

Si no hubiese estado medio dormida y deseando que Mark, por aquel entonces su novio y en esos momentos su exmarido, la hubiese seguido hasta casa de su hermana para pedirle perdón después de una fuerte discusión, el incidente ocurrido tres años antes jamás habría tenido lugar. Ella se habría dado cuenta inmediatamente de que Josh no era Mark y lo habría hecho parar antes de que hubiese sucedido algo.

Kiley sacudió la cabeza. Tenía que haberse dado cuenta de que no era Mark en cuanto Josh la había besado tan apasionadamente, ya que su exmarido solo sabía ser apasionado consigo mismo.

Suspiró. Ya no podía hacer nada al respecto y no merecía la pena darle vueltas a algo que no podía cambiar. Solo deseaba que Josh Gordon no estuviese al frente del comité de financiación, ya que, situación humillante aparte, le había roto el corazón a su hermana al romper con ella aproximadamente un mes después de la fatídica noche. En cualquier caso, Kiley no confiaba en él.

La puerta que tenía delante se abrió, interrumpiendo sus tumultuosos pensamientos, y un hombre que debía de ser miembro del comité le hizo un gesto para que entrase.

–Señorita Roberts, el comité está dispuesto a escucharla.

Ella asintió, respiró hondo y se obligó a entrar en la habitación.

–Gracias.

Se acercó a la mesa alargada a la que estaban sentados Josh y tres personas más y miró a estas en vez de mirarlo a él. Solo reconoció a Beau Hacket y a Paul Windsor. Estupendo. Ambos eran los líderes no oficiales del grupo que se había opuesto a la construcción de la guardería y, al parecer, también eran miembros del comité de financiación. A Kiley solo le quedaba la esperanza de que la única mujer presente y el hombre que había a su lado la apoyasen.

–Buenas tardes –dijo, obligándose a sonreír a pesar de no sentirse nada optimista.

–¿Qué podemos hacer por usted...? –preguntó Josh, buscando su nombre en los papeles que tenía delante– ¿señorita Roberts?

Cuando sus miradas se cruzaron por fin, Kiley se sintió un poco mejor. A ella la había contratado el jefe de personal del club y, durante el breve periodo de tiempo que llevaba trabajando allí, había conseguido evitar ver a Josh en persona, pero en ese momento se dio cuenta de que su nerviosismo había sido infundado. Al parecer, Lori nunca había mencionado su nombre, y como aquella noche la habitación había estado completamente a oscuras, no habían podido verse las caras. Así que Kiley decidió que, o bien Josh no la había reconocido, o era un gran actor.

–Como directora de la guardería del club, vengo a solicitar al comité que aumente los fondos para el centro –empezó, sorprendida al ver que conseguía hablar con seguridad a pesar de los nervios.

–¿Para qué? –inquirió Beau Hacket–. Ya hemos presupuestado más de lo necesario para que cuiden de un puñado de críos.

–No puedo creer que digas eso –intervino la mujer de mediana edad que estaba sentada a la derecha de Josh.

Kiley se dio cuenta de que Josh también miraba al hombre con desaprobación antes de volver a dirigirse a ella.

–¿Para qué necesita esos fondos adicionales, señorita Roberts?

–Los miembros del club han reaccionado de manera tan positiva a la apertura del centro que resulta que tenemos más niños de los que esperábamos –respondió Kiley.

–Lo único que hacéis es vigilar a un puñado de críos durante un par de horas –dijo Beau–. No entiendo para qué hace falta más dinero. Seguro que están contentos con un papel y un lápiz.

–Beau –lo reprendió Josh.

Aunque Kiley supo que eso no significaba que fuese a apoyarla a ella. Josh Gordon, al igual que Beau Hacket y Paul Windsor, también se había opuesto a la apertura de la guardería. Desde que el club había empezado a aceptar mujeres, había tenido que realizar varios cambios para adecuarse a las necesidades de estas, el más reciente, la creación de la guardería.

Kiley apartó la vista del presidente del comité y miró al resto de los

presentes.

–Me temo que algunos de ustedes tienen ideas equivocadas acerca del funcionamiento de la guardería. Es cierto que ofrecemos un entorno seguro en el que los miembros del club pueden dejar a sus hijos mientras asisten a reuniones o celebraciones, pero hacemos algo más que cuidar de los niños. Algunos miembros también dependen de nosotros para la educación preescolar de sus hijos.

–Mi nieta viene aquí a la guardería y tengo que admitir que estoy sorprendida de lo mucho que ha aprendido en el poco tiempo que lleva en ella –confirmó la mujer que había sentada al lado de Josh.

–¿Por qué no enseñan a sus hijos a pintar con los dedos en casa? –preguntó Beau con desaprobación, mirando mal a la otra mujer.

–Yo soy profesora de educación preescolar –explicó Kiley, esperando poder convencer a Beau de la importancia de la guardería–. Los programas que tenemos en el centro son adecuados para la edad de los niños y están estructurados de manera que los niños tengan actividades de aprendizaje adecuadas a su nivel de desarrollo.

Vio fruncir el ceño a los miembros del comité y decidió seguir hablando antes de que la interrumpiesen.

–Por ejemplo, los más pequeños aprenden a interactuar y a compartir con los otros niños y empiezan a desarrollar habilidades sociales. Los que al año siguiente van a entrar al colegio aprenden a reconocer y a escribir las letras del alfabeto y sus nombres. Y, además de enseñarles a contar, mi asistente y yo hacemos juegos didácticos con ambos grupos para intentar despertar su interés por cosas como la ciencia o la naturaleza.

Sacudió la cabeza antes de proseguir:

–La lista es interminable y podría pasarme el día entero hablando de la importancia de la educación y sus beneficios también para los niños pequeños.

Tomó aire y la otra mujer aprovechó para intervenir.

–Mi nieta no solo ha aprendido mucho, sino que además ha conseguido vencer la timidez y se ha vuelto una niña más extrovertida.

Agradecida por su apoyo, Kiley sonrió. Al menos, había una persona a su favor.

Josh miró los papeles que tenía delante.

–Entonces, ¿no quiere más espacio, solo más dinero?

–El tamaño del centro no es un problema. Tenemos espacio suficiente para los niños que hay en estos momentos, y para más. Solo quiero solicitar algo más de dinero para el buen funcionamiento del centro.

–¿Y para qué se utilizaría exactamente ese dinero? –preguntó Paul Winsor en tono meloso.

Era todo un conquistador a pesar de su edad, pero su sonrisa no engañó a Kiley, que sabía que también se había opuesto a la creación de la guardería.

–Algunos niños pasan el día entero con nosotras en vez de medio día o un par de horas, señor Windsor –le respondió ella–. Necesitamos más dinero para material y también para comida. Además, tendríamos que contratar a otra persona para cuando las madres los dejan solo porque van

a jugar un partido de tenis o a realizar cualquier otra actividad en el club.

–Si no hubiésemos permitido que hubiese mujeres en el club, no tendríamos este problema –murmuró Beau.

–¿Qué has dicho? –preguntó la otra mujer, dispuesta a discutir con él.

Beau sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

–Nada, Nadine.

A Kiley no le sorprendió ni el comentario de Beau ni la reacción de la otra mujer.

Beau Hacket era uno de los miembros que continuaba oponiéndose a que las mujeres fuesen miembros del prestigioso club, y las que ya lo eran pronto habían aprendido a exigir el respeto que merecían.

–¿Quiere añadir algo más? –le preguntó Josh a Kiley, como si quisiera deshacerse de ella y empezar a discutir del tema con los demás miembros del comité.

–No, creo que ya he resumido el propósito del centro y los motivos por los que necesitamos más fondos –respondió, sabiendo que su petición había caído en saco roto, al menos con respecto a los hombres que había en aquella sala.

Josh asintió.

–Tenemos suficiente información para considerar su petición. Gracias por su tiempo y por la explicación, señorita Roberts.

La miró a los ojos y sonrió, y Kiley sintió que temblaba el suelo bajo sus pies. No pudo evitar sentirse atraída por sus ojos azules y su encantadora sonrisa y, por mucho que desease olvidarlo, volvió a pensar en lo ocurrido tres años antes.

–Me pasaré por la guardería esta tarde para comunicarle el resultado de la votación –terminó Josh, ajeno a su reacción.

Kiley asintió y salió de la habitación sintiéndose como si hubiese molestado con su presencia. Ya no podía hacer nada más que esperar la decisión del comité. Deseó poder sentirse más optimista, pero lo cierto era que, sabiendo que había tres personas que se habían opuesto a la creación de la guardería, era difícil que el resultado le fuese favorable.

Pero por mucho que temiese conocer la decisión, todavía temía más tener que volver a ver a Josh. ¿Por qué no podía enviarle a alguien a comunicarle lo que habían decidido? Ella ya tenía suficientes preocupaciones como para tener que preocuparse además por tener que volver a verlo.

Tenía una hija de dos años de la que ocuparse y una casa en la que siempre había que hacer alguna reparación. Si no conseguía más fondos para el centro, tal vez tuviese que cerrarlo y se quedaría sin trabajo. Y aunque Josh no supiese quién era, ella se sentía mal cada vez que recordaba el incidente más vergonzoso de toda su vida.

Mientras iba hacia la guardería, Josh se preguntó por qué tenía la sensación de conocer de algo a Kiley Roberts. No creía haberla visto antes. En caso contrario, se habría acordado de ella, ya que era imposible olvidarse de una mujer tan atractiva.

Normalmente le gustaban las mujeres altas, esbeltas y con cierto aire de misterio, y Kiley era baja y curvilínea, pero le atraía. La melena rubia oscura le llegaba a la barbilla y tenía los ojos marrones más bonitos que había visto nunca. Le parecía dulce, sexy y muy accesible.

Frunció el ceño e intentó recordar dónde podía haberla visto antes. Tal vez en la barbacoa en casa de Beau Hacket, varios meses antes. Al parecer, Beau había invitado a todos los miembros del Club de Ganaderos de Texas y a casi todos los habitantes de Royal. O tal vez por el club, en el restaurante o en el bar. En cualquier caso, no podía evitar tener la sensación de que había algo más.

Cuando llegó a la puerta de la que había sido la vieja sala de billar reconvertida en guardería, pensó que daba igual. En cuanto le dijese que no iban a darle más fondos, pasaría a formar parte de su lista negra y aquel sería el final.

Miró por la ventana que había en la puerta y se fijó en que la habitación estaba mucho más bonita que unos meses antes, cuando unos vándalos habían entrado y lo habían destrozado todo. Todavía no habían encontrado al culpable, pero Josh estaba seguro de que lo harían. Royal era un pueblo pequeño y muchos de sus habitantes eran también miembros del club. Era solo cuestión de tiempo que alguien recordarse algo que ayudase a las autoridades a realizar una detención.

Y él no quería estar en el lugar del culpable cuando eso ocurriese. Aunque la idea de la guardería no gustase a todos los miembros del club, nadie tenía derecho a destrozar parte de él.

–Ahora mismo estoy con usted, señor Gordon –le dijo Kiley al verlo desde el otro lado de la habitación.

–Tómese su tiempo –respondió él, mirando a su alrededor.

Había varios niños sentados en pequeñas sillas, frente a pequeñas mesas. Y él no recordaba haber sido lo suficientemente pequeño como para haber cabido en una de ellas.

Vio a la hija de Russ y Winnie Barlett levantarse y llevarle un papel a Kinley, que actuó como si la niña acabase de dibujar la Mona Lisa e hizo sonreír de oreja a oreja a la pequeña.

A Josh nunca le habían gustado los niños. Nunca había tenido a ninguno cerca y no sabía cómo relacionarse con ellos, pero no pudo evitar sonreír al ver a Kiley hablando con la niña. Solo una persona sin corazón habría sido capaz de ignorar que acababa de alegrarle el día a la pequeña.

–Carrie, ¿puedes ocuparte de todo unos minutos? –le preguntó Kiley a una mujer joven.

Josh supuso que era la asistente a la que Kiley había contratado poco después de la apertura del centro. La otra mujer asintió y Kiley se acercó a él y señaló una puerta que había al otro lado de la habitación.

–¿Por qué no entramos en mi despacho? Si no, no puedo garantizarle que no vayan a interrumpirnos.

Mientras la seguía hasta el pequeño despacho, Josh se quedó fascinado con el balanceo de sus caderas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para clavar la vista en sus hombros, pero entonces se fijó en la curva desnuda de su cuello y pensó que era un lugar perfecto para darle un beso.

Se le aceleró el corazón y empezó a sentir calor, y se preguntó qué demonios le estaba pasando. ¿Hacía demasiado tiempo que había roto con su última novia?

–Siéntese, por favor, señor Gordon –le dijo Kiley, sentándose en la vieja silla de madera que había detrás del escritorio.

Él reconoció la silla y el escritorio, que habían estado guardados en un trastero desde que él había entrado en el club y, probablemente, varias décadas antes de eso. En otras circunstancias, se habría sentido culpable al ver que Kiley había amueblado su despacho con muebles que nadie quería en el club, pero como ninguno de los miembros del comité de financiación, a excepción de Nadine Capshaw, esperaba que la guardería siguiese abierta después de la primavera, se había decidido que aquellos muebles viejos podrían servir.

–Llámame Josh, por favor –le dijo, sentándose en la silla plegable de metal que había enfrente de ella.

–Supongo que vienes a decirme cuál es la decisión que el comité ha tomado con respecto a mi solicitud, ¿no... Josh? –preguntó ella, como si ya supiese cuál iba a ser la respuesta.

Hubo algo en la manera en que dijo su nombre que hizo que Josh frunciese el ceño.

–Antes de que te comunique la decisión del comité, ¿podría hacerte una pregunta?

–Supongo que sí –respondió ella con cautela, como si no se fiase de él.

–¿Nos conocemos? –dijo Josh, dándose cuenta de que Kiley abría mucho los ojos, por lo que su respuesta tenía que ser afirmativa.

–No.

–¿Estás segura? –insistió él, decidido a averiguar qué era lo que Kiley sabía y no le estaba contando.

–Bueno... creo que nunca nos han presentado formalmente –añadió ella.

Josh estaba seguro de que le estaba ocultando algo, e iba a averiguar qué era.

–¿Pero nos conocemos? –repitió.

–En cierto modo... supongo que sí –admitió ella, agarrándose las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos–. Fue un accidente.

–¿Un accidente? –repitió él.

Kiley se levantó, cerró la puerta del despacho y luego volvió a sentarse en su silla.

–Estuviste saliendo con mi hermana.

Josh tuvo una sensación de sudor frío al oír aquello. Y cuando Kiley levantó la mirada y la clavó en sus ojos, se le había hecho en la garganta un nudo del tamaño de un puño.

–Soy la hermana de Lori Miller. Su única hermana.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar. Por primera vez desde que era adulto, no supo qué decir, pero por fin comprendió su reacción nada más verla. Desde que Kiley había entrado en la sala de reuniones para hacer su petición al comité de financiación, él había tenido que hacer un esfuerzo por controlar la libido. Ya sabía el motivo. Al parecer, él no la había

reconocido, pero su cuerpo sí. La química que había habido entre ambos tres años antes parecía seguir estando ahí. Podía estar equivocado, pero tenía la sensación de que el nerviosismo de Kiley tenía mucho que ver con la atracción que existía entre ellos, así como con la reticencia de ella a admitir lo que había ocurrido.

La estudió con la mirada y supo por qué le había resultado tan familiar. Se parecía a su hermana. Kiley tenía los mismos ojos y la misma piel perfecta de Lori, pero nada más. Lori era mucho más alta y tenía el pelo rojizo, mientras que Kiley tenía menos estatura y su pelo era rubio oscuro y parecía tan sedoso que Josh sintió ganas de enterrar los dedos en él. Notó que su cuerpo empezaba a tensarse, así que tragó saliva e intentó pensar en algo, lo que fuese, para recuperar la compostura.

–Tu apellido es diferente –comentó.

Ella se puso recta y estiró los hombros.

–Estuve casada.

–¿Y ya no?

–No.

Josh tragó saliva.

–¿No estarías casada cuándo…?

–No, todavía no.

Aliviado, dejó escapar el aire que había estado conteniendo unos segundos.

–Menos mal.

–Mira, a mí tampoco me gusta tener que trabajar contigo en lo relativo a la financiación de la guardería –añadió ella, ruborizándose–, pero este no es el momento ni el lugar para hablar de lo que ocurrió aquella noche. Pienso que lo mejor será olvidar el incidente y concentrarnos en mi solicitud y en la decisión del comité de no darme el dinero que necesito.

Josh pensó que tenía razón, una guardería no era el lugar adecuado para hablar de que le había hecho el amor por equivocación. Y también estaba de acuerdo en que lo más prudente era olvidarse de aquella noche, pero a una parte de él no le gustó que Kiley quisiera olvidar lo que, probablemente, había sido el episodio más emocionante de toda su vida. Ya que nunca había estado con otra mujer, ni antes ni después, tan receptiva y apasionada como ella.

–Estoy de acuerdo –respondió por fin–. Ya haremos ese viaje al pasado en otro momento.

Kiley se cruzó de brazos, haciendo que se le marcasen los pechos, y Josh tuvo que tragar saliva.

–Señor Gordon…

–Prefiero que me llames Josh –le recordó.

–Josh, creo que lo mejor sería que…

–Tengo buenas y malas noticias –la interrumpió, pensando rápidamente, antes de que Kiley lo echase de su despacho.

No sabía si iba a hacerlo porque se sentía culpable por lo ocurrido en el pasado, o por la desconfianza que veía en sus ojos marrones, pero, de repente, necesitó demostrarle a Kiley que estaba equivocada con él.

–Voy a darte financiación un mes para que puedas convencerme de que

esta guardería merece la pena y de que es un servicio necesario para los miembros del club –le dijo.

Ella frunció el ceño.

–Eso no es lo que el comité ha decidido, ¿verdad?

–No exactamente –admitió él–. El comité ha votado cuatro contra uno a favor de denegar tu solicitud, pero después de haber visto cómo has tratado a la pequeña de los Bartlett, he cambiado de opinión. Vendré periódicamente para comprobar con mis propios ojos que hace falta el dinero y que se está utilizando de manera adecuada.

Kiley lo miró todavía con más escepticismo.

–¿Y qué pasará después?

–Si decido que necesitáis la financiación adicional, lo recomendaré personalmente en la reunión que el comité tendrá justo antes de Navidad y añadiremos la cantidad necesaria al presupuesto anual –le respondió él.

–Si mi solicitud ha sido rechazada, ¿de dónde va a salir el dinero? –siguió preguntando ella, todavía con más desconfianza.

–Yo me preocuparé de eso –respondió Josh, poniéndose en pie–. Esta misma tarde tendréis el dinero extra para este mes en el banco. Estará disponible a partir de mañana.

Antes de que Kiley pudiese seguir interrogándolo, Josh abrió la puerta y se marchó a las oficinas del club para hacer las gestiones necesarias. Iba a poner el dinero de su propio bolsillo, pero merecería la pena. Para empezar, quería demostrarle a Kiley que no era el cretino que, al parecer, ella pensaba que era. Y, por otra parte, era la única manera de compensarla por lo que había ocurrido tres años antes.

Capítulo Dos

Al día siguiente Kiley se sobresaltó cada vez que se abría la puerta de la guardería. Tal y como Josh le había prometido, había ingresado el dinero en la cuenta del centro, y ella se lo agradecía, pero lo que la tenía de los nervios era su promesa de pasarse por allí para comprobar personalmente en qué se estaba empleando el dinero. Ella no quería volver a verlo. Cada vez que lo miraba a los ojos se acordaba de que compartían un secreto muy íntimo que, por mucho que lo intentase, no podía olvidar.

–Los niños han recogido los juguetes y ya les he leído un cuento. ¿Quieres que los saque a jugar un rato antes de que empecemos con los villancicos? –le preguntó Carrie Kramer.

Kiley estaba poniendo estrellas junto a los nombres de los niños que se habían acordado de lavarse las manos antes de merendar.

–Sí, estupendo –respondió ella sonriendo–. Mientras ellos gastan algo de energía fuera, yo prepararé las canciones.

Carrie ayudó a los niños a ponerse los abrigos y a hacer una fila para salir al patio y Kiley fue a su despacho a buscar el material que iba a necesitar para la actuación que los niños iban a hacer ante sus padres la semana antes de Navidad. Tomó un montón de cosas y decidió que tendría que hacer dos viajes. Estaba distraída, intentando recordar todo lo que iba a necesitar, cuando se tropezó con Josh, que estaba junto a la puerta de su despacho.

–¡Ay, qué susto! –exclamó, haciendo que sonasen las enormes campanas que llevaba en una caja.

Él la agarró de los hombros para sujetarla y frunció el ceño.

–No pretendía asustarte. De hecho, te he llamado al ver que la otra sala estaba vacía.

El calor de sus manos traspasó la fina blusa rosa y Kiley retrocedió.

–No te he oído.

–Permite que te ayude –le pidió él, quitándole la caja de las manos–. ¿Dónde están todos los niños?

–Mi asistente los ha sacado al patio a jugar antes de que empecemos a practicar las canciones de Navidad –respondió Kiley, recogiendo el aparato de música y varios bastones de caramelo que en realidad eran de plástico.

Sus brazos se tocaron al pasar por su lado y a Kiley se le aceleró el corazón y sintió deseo, pero intentó ignorarlo.

–Tenía pensado haber venido antes, pero he tenido que parar en una obra y me he entretenido más de lo que esperaba –le contó él, siguiéndola hasta la alfombra de colores en la que se sentaban los niños cuando les iban a contar un cuento–. No sabía si todavía habría alguien aquí. ¿A qué hora se van los niños a casa?

–Normalmente los recogen a todos antes de las cinco y media –respondió ella, dejando el material y el reproductor de CD encima de una mesita pequeña–, pero a veces Gil Addison tiene asuntos que atender en el club y llega un poco más tarde a recoger a su hijo, Cade.

Gil Addison era en esos momentos el presidente del club y también era padre soltero, así que había sido uno de los primeros en apuntar a su hijo a la guardería. Al contrario que los miembros del comité de financiación, Gil estaba entusiasmado con la idea de tener una guardería en el club.

–Sea la hora que sea, yo me quedo siempre hasta que hayan venido todos los padres, o la persona autorizada para recoger a los niños.

–Entonces, no es solo un trabajo de nueve a cinco, ¿no? –comentó Josh, dejando la caja que llevaba en las manos en el suelo.

–No. Tengo que estar aquí a las siete para que todo esté preparado cuando llegan los niños.

–¿Y a qué hora llegan? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Un par de ellos, poco más tarde que yo, y el resto, entre las ocho y las ocho y media –le contó Kiley, preguntándose por qué estaba tan interesado Josh en saber cómo funcionaba el centro–. ¿Por qué me lo preguntas?

Él se pasó la mano por el pelo, corto y castaño claro.

–Porque me estoy dando cuenta de que tienes un contrato con el club y no se te están pagando las horas extras. Además, tienes una jornada demasiado larga, ¿no?

Ella no pudo evitar sonreír. El esfuerzo merecía la pena porque podía estar con su hija y trabajar al mismo tiempo.

–No me importa. Es el trabajo de mis sueños.

–Bueno, si eso te hace feliz –comentó él, como si no la entendiese.

Cuando los niños empezaron a entrar de nuevo en la clase, Kiley suspiró aliviada. No le tenía miedo a Josh, pero se ponía nerviosa cuando estaba a solas con él y prefería estar rodeada de niños. No le gustaba cómo se sentía con él y prefería no darle demasiadas vueltas al tema, ya que estaba casi segura de que la conclusión que podía sacar no iba a gustarle.

–Colgad los abrigos y venid todos a la alfombra, por favor –les pidió a los niños–. Vamos a practicar los villancicos para la función de Navidad antes de que os vayáis a casa.

Su hija echó a correr y se le abrazó a una pierna, riendo.

–Cantar –dijo.

–Muy bien, Emmie –le respondió ella, acariciándole el pelo rubio y sonriendo.

Era lo único bueno que le había quedado de su breve matrimonio.

–¿Puedes ir a sentarte con Elaina y Bobby para que empecemos, por favor?

Emmie asintió y fue adonde ya estaban sentados sus dos amigos.

–Señorita Kiley, Jimmy Joe Harper me ha tirado del pelo –protestó Sarah Bartlett, fulminando con la mirada al niño que tenía al lado.

–Jimmy Joe, ¿has vuelto a tirar a Sarah del pelo?

El niño sonrió con malicia y, antes de que respondiese, Kiley ya sabía la respuesta.

–Lo siento, pero ya sabes que si le tiras a Sarah de la coleta te tienes que sentar cinco minutos en el rincón de pensar.

El niño se levantó y, sin protestar, fue a sentarse a una silla que había en el rincón más alejado de la habitación. Kiley se dio cuenta de que Josh la miraba sorprendido.

–¿Ocurre algo? –le preguntó.

–Ni siquiera has tenido que decirle que vaya a sentarse allí –comentó él con incredulidad–. Y no ha protestado.

–Jimmy Joe ya conoce el rincón de pensar –respondió Kiley, sonriendo con cariño al adorable niño pelirrojo–. Le encanta sacar de quicio a Sarah.

Josh parecía confundido.

–¿Por qué?

–Porque le gusta –respondió Kiley antes de dirigirse a su asistente–. Carrie, ¿podrías pasarles las campanas y los bastones de caramelo?

–Es decir, que molesta a la niña para que esta le preste atención –dijo Josh sonriendo.

–Más o menos –le confirmó ella, fijándose en que se ponía muy guapo cuando sonreía.

Cuando Carrie hubo terminado de dar a los niños una campana enorme y un bastón, Kiley puso en marcha la música y dejó de mirar a Josh, que la ponía nerviosa. Al parecer, este no tenía ninguna prisa en marcharse.

Así que, dado que estaba allí, Kiley decidió hacerle participar y le dio también una campana.

–¿Supongo que te sabrás la letra de *Jingle Bells*?

Él la miró sorprendido, pero asintió con la cabeza.

–Sí, me la sé, pero me temo que no voy a poder quedarme. Tengo que pasar por casa de un amigo esta tarde y ya llego tarde.

–Qué pena –mintió Kiley, satisfecha por haber conseguido lo que quería–. Tal vez en otra ocasión.

–Sí, tal vez –dijo él, tomando su mano y dejando en ella la campana–. ¿Estás libre mañana por la noche?

Sorprendida por su pregunta y por el calor de sus manos, Kiley tardó unos segundos en encontrar la voz.

–¿Por qué?

–Me gustaría hablar de un par de cosas contigo –le contestó él sonriendo–. Por desgracia, ahora no tengo tiempo. Te recogeré aquí el viernes sobre las cinco y media y cenaremos juntos en el restaurante del club. Tienen una carta excelente y podremos hablar sin interrupciones.

Kiley abrió la boca para rechazar la invitación, pero entonces Josh le acarició la mano y a ella se le olvidó lo que iba a decir. Él se levantó y atravesó la habitación.

¿Qué pretendía Josh? ¿De qué tenían que hablar? No era posible que Josh quisiese que hablasen de lo ocurrido aquella noche...

–Señorita Kiley, ¿vuelvo ya a la alfombra? –preguntó Jimmy Joe.

–Sí, puedes –le dijo ella, decidiendo que ya pensaría en la invitación de Josh cuando los niños se hubiesen marchado.

Josh entró con su Mercedes en Pine Valley, la exclusiva urbanización donde tenían sus mansiones varios miembros del Club de Ganaderos de Texas y se preguntó cómo había podido invitar a cenar a Kiley. ¿Por qué no conseguía borrar de su mente lo ocurrido tres años antes?

Sabía que era lo más sensato y lo que quería Kiley, pero no podía evitar pensar que, a pesar de las circunstancias que los habían llevado a hacer el amor aquella noche, la experiencia había sido increíble.

–Te estás volviendo loco, Gordon –murmuró mientras aparcaba delante de la casa de Alex Santiago.

Intentó dejar de pensar en el tema, salió del coche y subió las escaleras. Antes de que le diese tiempo a llamar a la puerta, esta se abrió.

–Hola, señor Gordon –lo saludó una mujer mayor, de rostro redondo y ojos marrones y amables–. El señor Alex está en la terraza.

–¿Cómo se encuentra hoy, Maria? –le preguntó al ama de llaves que Cara Windsor, la prometida de Alex, había contratado recientemente.

Maria lo miró con preocupación.

–Todavía le duele la cabeza y sigue sin acordarse de nada.

–Estoy seguro de que es solo cuestión de tiempo que recupere la memoria.

Josh no estaba seguro de a quién estaba intentando tranquilizar, si a Maria o a sí mismo.

Alex había estado desaparecido varios meses hasta que había aparecido con un golpe en la cabeza, junto a un grupo de inmigrantes que había traspasado de manera ilegal la frontera de México. Nadie sabía cómo había ido a parar al camión que los había trasportado a todos ni cuándo había sufrido el golpe en la cabeza. En realidad, parecía que había sufrido varios golpes e incluso existía la teoría de que lo habían secuestrado, pero, en cualquier caso, Alex seguía con amnesia. Le habían dado el alta del hospital de Royal unos días antes y todos sus amigos del club estaban haciendo turnos para ir a visitarlo. Aunque nadie se atrevía a decirlo, todo el mundo tenía la esperanza de poder ayudarlo a recuperar la memoria para poder averiguar qué le había ocurrido.

–¿Cómo te encuentras hoy, Alex? –le preguntó, saliendo a la terraza en la que su amigo estaba sentado leyendo un libro.

Alex sonrió y se puso en pie lentamente.

–Eres Josh, ¿verdad?

Este asintió y le tendió la mano. Alex se la apretó con firmeza y él pensó que era una buena señal.

–Quería venir a decirte personalmente que esperamos verte con Cara en el baile de Navidad.

Antes de su desaparición, Alex había formado parte del comité que organizaba aquella fiesta, y Josh pensó que tal vez hablar de ella lo ayudaría a recordar.

–Sí, ya he hablado de ello con Cara y esperamos que estar en el club rodeado de gente conocida me ayude a recordar algo –respondió Alex.

Luego suspiró pesadamente.

–Es un fastidio no poder acordarme de nada de mi vida antes del accidente del camión.

–Estoy seguro de que la policía no tardará en averiguar algo. El departamento de policía de Royal es uno de los mejores de todo Texas y además hay una investigadora estatal, Britt Collins, que se está encargando del caso. Está especializada en secuestros y se ha formado en el FBI, así que estoy convencido de que va a conseguir meter entre rejas al responsable de esto.

–Esta mañana me han dicho que pretenden mandar mi fotografía a todos los canales de televisión nacionales, por si alguien me ha visto mientras estuve desaparecido. Tal vez así encontremos también a algún familiar mío –añadió Alex–. Al parecer, no tengo familia en esta zona, porque nadie ha respondido a los anuncios que se han publicado en la prensa local.

Josh sonrió.

–Ya verás cómo, cuando la noticia se extienda por todo el país, la investigación avanzará.

Mientras continuaban hablando del caso, Josh volvió a pensar en Kiley y en su invitación a cenar al día siguiente. De repente, se dio cuenta de que ella no había dicho que no, aunque tampoco podía decirse que hubiese aceptado la invitación. Necesitaba explicarle que no solía hacer el amor con mujeres a las que no conocía y marcharse después como un ladrón. También quería que Kiley admitiese que había tenido parte de culpa al reaccionar de manera tan receptiva. Después de aquello, el asunto estaría zanjado para siempre.

Satisfecho con su plan, informó a Alex de cómo iban las cosas en el club.

–La guardería está en funcionamiento y tiene bastantes niños en lista de espera.

–Estoy seguro de que a todas las mujeres del club les alegra la noticia –comentó Alex sonriendo–, pero Cara me ha contado que su padre y otros hombres no están de acuerdo.

Josh asintió.

–Yo tampoco estaba convencido de que fuese necesario, pero ahora que he visto cómo funciona, empiezo a cambiar de opinión.

–Siempre es bueno tener la mente abierta y conocer bien los hechos antes de posicionarse –comentó Alex.

Josh pensó que tenía razón.

–Gracias por el consejo.

Luego se levantó y le tendió la mano.

–Llámame si me necesitas.

–Gracias, Josh –respondió Alex, acompañándolo a la puerta–. Lo tendré en mente.

Mientras Josh bajaba las escaleras, vio acercarse un coche y detenerse junto al suyo. Su ocupante era Mia Hughes, la anterior ama de llaves de Alex.

–Hola, Josh. ¿Qué tal está Alex hoy?

–Frustrado por su falta de memoria, pero es lo normal –respondió él sonriendo–. Tengo entendido que hay que felicitarte.

–Sí –respondió ella riendo–. Veo que las noticias corren por el club.

–A juzgar por la sonrisa de Firestone estos últimos días, yo diría que está

muy contento –le dijo él.

–Me alegro de verte, Josh –añadió ella subiendo las escaleras.

–Sí, supongo que volveremos a vernos en el baile de Navidad.

Luego se subió al coche y se alejó de casa de Alex sintiéndose satisfecho con cómo había transcurrido el día.

A la tarde siguiente, Kiley intentó mantener la concentración y no pensar en Josh, pero no pudo evitar estar nerviosa.

–Kiley, ¿te importa si me marcho ya? –le preguntó Carrie por la tarde–. Ya solo quedan dos niños y tengo cita en la peluquería dentro de quince minutos.

–¿Vas a salir con Ron esta noche? –le preguntó Kiley.

–Me va a llevar a cenar y al cine, a ver la nueva película de Channing Tatum.

–Te puedes marchar ya, pero con una condición.

–¿Cuál? –preguntó Carrie con cautela.

Kiley sonrió.

–Que me cuentes la película y cuántas veces se quita Channing la camisa.

Carrie se echó a reír mientras tomaba el bolso y el abrigo.

–Trato hecho.

–Pásalo bien. Hasta mañana.

Su asistente salió por la puerta y a Kiley le dio un vuelco el corazón al ver que entraba Josh. Iba vestido con un traje negro, camisa azul clara y corbata azul marino. Estaba muy guapo, de revista.

–En vez de reservar en el restaurante del club, he pensado que podíamos probar el sitio nuevo que han abierto –dijo este, sonriendo de oreja a oreja–. ¿Ya se han marchado a casa todos los niños?

–Todavía no –respondió ella, recogiendo el material que había por el suelo–, pero me temo que no voy a poder…

Se interrumpió al ver que Russ y Winnie Barlett entraban a recoger a sus dos hijas.

Mientras Josh saludaba a Russ, Kiley y Winnie charlaron de la función de Navidad.

–Sarah no habla de otra cosa –le contó Winnie, sonriendo a su hija y ayudándola a ponerse el abrigo–. Y Elaina también.

Emmie se acercó a dar un abrazo a su amiga y los Barlett se marcharon, dejando a Kiley y a Emmie a solas con Josh. Ella fue al despacho a por su bolso y oyó a Emmie hablarle a Josh de sus ponis de juguete.

Cuando Kiley volvió, se dio cuenta de que Josh estaba mirando a su hija con expresión perpleja.

–Yo poni –decía Emmie, agarrando a Josh de la mano para llevárselo hacia la zona de juegos.

–¿Qué quiere? –preguntó este alarmado.

–Quiere enseñarte sus juguetes favoritos –dijo Kiley, apagando la luz del despacho.

–Qué bien –respondió Josh–. ¿Cuándo van a venir a buscarla sus

padres?

–Emmie se va a venir a casa conmigo –le dijo Kiley, tomando los abrigos de las dos de la percha–. Es mi hija.

–No sabía que tuvieras una hija –admitió él, mirando a la niña, que estaba buscando los ponis entre los demás juguetes.

Luego miró a Kiley y esta supo, por su expresión, que Josh se había dado cuenta de que no iban a poder ir a cenar juntos.

–¿Te gustan los ponis y los caballos, Emmie? –preguntó entonces, con los ojos brillantes.

–Sí –dijo la niña.

Él se agachó para ponerse a su altura.

–A mí también me gustan los caballos. De hecho, tengo varios en mi rancho.

Emmie sonrió de oreja a oreja.

–Quiero verlos.

–De acuerdo –le respondió él, sonriendo a Kiley de manera triunfante.

–No creo que... –empezó esta.

–¿Por qué no le pides a tu madre que te traiga al rancho el sábado por la tarde para que te enseñe los caballos? –le preguntó él a la niña.

–Por favor, mamá –dijo esta–. Por favor. Quiero ver ponis. Quiero ver ponis.

Kiley sabía que Josh había manipulado la situación y odiaba tener que decirle que no a su hija, pero tampoco quería pasar más tiempo del necesario con él.

–¿Es una represalia por no ir a cenar contigo esta noche? –preguntó–. ¿Me aseguras que no vas a permitir que esto influya en tu decisión acerca de la financiación del centro?

–En absoluto –respondió él con el ceño fruncido, volviendo a incorporarse–. Solo he pensado que a la niña le gustaría ver un caballo de verdad.

–Sabías que te diría que sí –lo acusó Kiley.

–No, en realidad, no sé nada de niños.

Kiley desconfió de su inocente expresión.

–Lo has hecho para castigarme por no ir a cenar contigo esta noche y los dos lo sabemos.

–Yo no diría eso –le respondió Josh, acercándose demasiado–. Y no te preocupes, que no influirá en mi recomendación de financiación al comité. Aunque pienso que tenías que haberme dicho antes que no íbamos a poder ir a cenar.

–Ayer no me diste la oportunidad –protestó ella, poniéndose a la defensiva–. Y no te has pasado por aquí antes, así que no he podido decírtelo.

–Podías haber llamado a mi despacho o haberme dejado un mensaje en el mismo club –le recordó él en voz baja–. Entonces, ¿qué dices? Tú misma has admitido que a Emmie le encantaría ver a los caballos.

El olor silvestre de su colonia y tenerlo tan cerca estaban mareando a Kiley, que tuvo que retroceder y mirar a su hija. Esta parecía muy contenta y Kiley pensó que no podía decepcionarla.

–Está bien, pero solo iremos un rato.

–Bien –dijo Josh, explicándole dónde estaba el rancho–. Os espero sobre la una.

Luego se inclinó hacia la niña y, sonriendo, añadió:

–Hasta mañana, Emmie.

Se volvió a incorporar y le tocó la mejilla a Kiley con el dedo índice.

–Que paséis una buena tarde, Kiley.

Ella lo vio ir hacia la puerta y se estremeció. ¿Qué tramaba Josh? ¿Y por qué?

Capítulo Tres

Josh entró en el bar y buscó en él a alguno de sus amigos. No era exactamente lo que había planeado. Había pensado en cenar temprano con Kiley en el restaurante nuevo que habían abierto al otro lado del pueblo, zanjar el tema de lo ocurrido tres años antes y convencerla de que iba a ser justo con respecto a la evaluación de la guardería.

Todavía no sabía por qué, pero le preocupaba la opinión que Kiley tuviese de él. Y era la primera vez que le ocurría aquello. Le molestaba que Kiley pensase que el hecho de no cenar con él pudiese influir en su decisión acerca de la financiación. Era evidente que tenía poca fe en su integridad, pero ¿por qué le importaba eso a él?

Normalmente, cuando descubría que una mujer tenía un hijo, perdía todo el interés por ella, pero, por algún extraño motivo, Kiley y su hija despertaban su curiosidad. ¿Qué hombre en su sano juicio las habría dejado solas?

–Eh, Josh –lo llamó alguien.

Josh vio al presidente del club, Gil Addison, sentado al otro lado del bar, y fue hacia él.

–No esperaba encontrarte aquí, Gil.

–Han invitado a Cade a cenar en casa de uno de sus amigos de la guardería –le contó él, encogiéndose de hombros–. Así que estaba pensando si me iba a casa a ver qué encontraba en la nevera o me quedaba a tomar algo aquí.

–¿Cenamos juntos?

Gil sonrió y señaló la silla vacía que tenía enfrente.

–Siéntate. No sé cuánto tiempo hace que no tengo una comida que no sea o de negocios, o con un niño.

–Desde que eres presidente estás muy ocupado –dijo Josh, sentándose.

Como padre soltero, Gil Addison estaba completamente volcado en su hijo y no solía quedarse a tomar una cerveza con los demás miembros del club solo por diversión.

–Hola, soy Ginny, vuestra camarera esta noche. ¿Qué os apetece tomar? –preguntó una chica alta y morena dejando en la mesa unas pequeñas servilletas–. El plato especial de esta noche es un delicioso filete con patatas fritas.

–Yo tomaré eso y una cerveza –dijo Josh.

–Lo mismo para mí –añadió Gil.

–Ahora mismo traigo las cervezas.

Mientras esperaban, Josh y Gil charlaron acerca de cómo había crecido el club con la reciente admisión de mujeres.

–Sé que a algunos de los miembros más antiguos no les gusta –admitió

Gil–, pero el Club de Ganaderos de Texas tiene que ser progresista y reconocer que ya no es el mismo club que fundó Tex Langley a inicios del siglo pasado.

–Yo tengo que admitir que tenía mis dudas –dijo Josh con toda sinceridad–, pero después de trabajar con Nadine Capshaw, que ha entrado a formar parte del comité de financiación el mes pasado, tengo una visión diferente del asunto. Ahora lo que me preocupa son algunos de los cambios que quieren introducir las mujeres. En ocasiones pienso que el club está convirtiéndose más en un club de campo que en una organización con vistas a servir a las necesidades de los habitantes de Royal.

Ambos guardaron silencio mientras la camarera dejaba las cervezas encima de la mesa.

–Te entiendo, y sé que algunos de los nuevos servicios del club os parecen innecesarios, pero opino que cuantas más oportunidades tengamos, más fuertes seremos y más capacidad tendremos para ayudar a la comunidad.

–No careces de razón –admitió Josh, esperando que Ginny les pusiese los platos delante antes de continuar–. Hablando de nuestros servicios, ¿qué piensas de la guardería? ¿Está cumpliendo tus expectativas?

–Las está superando con creces –admitió Gil, empezando a cortar la carne–. Cade está deseando estar con sus amigos y eso es un alivio para mí, ya que sé que, mientras yo trabajo, él está bien cuidado.

–Parece que la directora es muy buena con los niños –dijo Josh antes de meterse un trozo de filete en la boca.

Gil asintió.

–Kiley Roberts es increíble. No sabes todo lo que ha aprendido Cade desde que empezó la guardería el mes pasado. Sabe atarse los zapatos y hasta reconoce algunas palabras sencillas cuando las lee.

–Y eso es estupendo para un niño de cuatro años, ¿no? –preguntó Josh.

–Kiley tiene mucha mano con los niños. Hace que aprender sea un juego y los pequeños lo absorben todo como esponjas –dijo Gil sonriendo–. Hasta me es más fácil acostar a Cade por las noches porque Kiley le ha dicho que tiene que descansar para poder jugar con sus amigos al día siguiente.

Josh terminó la cena y le dio otro sorbo a la cerveza.

–Le ha pedido más dinero al comité de financiación y me he pasado a ver para qué va a utilizar los fondos, para decidir si debo recomendar que se aumente el presupuesto anual.

–Sí, el otro día oí a Beau protestando al respecto –dijo Gil–. Y sé que la decisión la toma el comité de financiación, pero, por mi parte, opino que sería un dinero bien gastado.

De repente, una de las pantallas de televisión que había en el restaurante captó la atención de Gil.

–¡Mira!

Josh levantó la vista y vio una fotografía de Alex Santiago en las noticias de un canal nacional. El presentador contaba que, a pesar de que Alex había aparecido, todavía se estaba investigando su misteriosa

desaparición y pedía a cualquiera que lo hubiese visto durante los meses que había estado desaparecido se pusiese en contacto con la investigadora Britt Collings. Después añadía que se había interrogado a varios miembros del prestigioso Club de Ganaderos de Texas como posibles implicados en el caso.

Claramente enfadado con la noticia, Gil sacudió la cabeza.

–No me gusta nada que se cuestione la reputación del club, que siempre ha sido impecable. Todas las solicitudes para formar parte del club se estudian detenidamente. La tal Collins ya nos ha interrogado a Chance McDaniel, a Dave Firestone y a mí. ¿Quién va a ser el siguiente?

–Me parece que nos va a investigar a todos, si tiene que hacerlo –respondió Josh, terminándose la cerveza–. He oído que es muy meticulosa.

–Pues debería buscar en otra parte.

Josh hizo una señal a la camarera para que les llevase la cuenta.

–Yo no me preocuparía mucho por la reputación del club. Siempre ha sido irreprochable. Podremos con esto y con cualquier cosa que ponga en duda nuestra integridad.

–Tienes razón, pero últimamente se han emitido muchas noticias negativas acerca del club –le recordó Gil.

–¿Se sabe algo acerca de quién pudo entrar a destrozar la guardería? –le preguntó Josh, tomando la cuenta que la camarera había dejado en la mesa–. Lo último que oí fue que la policía pensaba que podían haber sido unos adolescentes.

–Eso he oído yo también –le confirmó Gil–. Al parecer, han encontrado parte de una huella, pero no saben de quién es. Sospechan del hijo de algún miembro.

Ambos hombres pagaron su parte de la cena.

–Solo unos críos serían tan tontos como para hacer algo así –añadió Josh–, pero me sorprendería que hubiese sido el hijo de un miembro.

–Bueno, sea quien sea, se ha pasado. Y me parece que todos nuestros miembros, les guste o no la guardería, quieren que se haga pagar al culpable.

Gil se miró el reloj y se puso en pie.

–Tengo que ir a casa de los Whelans a recoger a Cade. Gracias por haber cenado conmigo, Josh.

Este se puso también de pie y ambos salieron del bar y fueron hacia donde tenían aparcado el coche. De camino a casa, Josh pensó mucho en lo que Gil había dicho acerca de la guardería.

Tanto él como su hermano gemelo, Sam, se habían criado con un hombre que siempre había dicho que el lugar de las mujeres estaba en la cocina, y no trabajando fuera de casa ni jugando al tenis mientras otra persona se ocupaba de sus hijos. Y él había estado de acuerdo con su padre hasta que había visto a Kiley con los niños.

Tal vez hubiese pensado de otra manera si su madre hubiese vivido lo suficiente como para influir en su vida y en la de Sam, pero lo cierto era que solo recordaba de ella lo que veía en las fotografías que su padre le había enseñado.

Estaba llegando al rancho cuando decidió aceptar el consejo de Gil y no

tomar decisiones precipitadas. Tenía el resto del mes para observar lo que ocurría en la guardería y hacer una evaluación justa antes de tomar una decisión.

El sábado por la tarde Kiley aparcó delante de los establos de Josh y, con el pulso acelerado, lo vio acercarse. Si le había parecido que estaba guapo de traje, con unos vaqueros desgastados, camisa azul, botas y sombrero de vaquero estaba muchísimo mejor.

–Llegáis justo a tiempo –le dijo él, sonriendo mientras le abría la puerta–. Qué bien que vienes en vaqueros.

Ella respiró hondo y salió del coche.

–¿No pensarías que iba a venir con un vestido y con tacones?

Él se echó a reír.

–El otro día llevabas un vestido.

–Porque iba a presentarme ante el comité de financiación a pedir dinero –le respondió ella, girándose a abrir la puerta trasera del coche–. Desde entonces, me has visto siempre con unos pantalones y una camisa.

–Y siempre me ha parecido que estabas muy guapa –admitió él, mirándola a los ojos.

Ella se quedó sin habla, tan sorprendida por el cumplido que ni siquiera protestó cuando Josh la apartó, desató el arnés de la niña y la sacó del coche.

–¿Estás preparada para montar a caballo, Emmie? –le preguntó, después de acomodarla en su brazo.

–Sí –respondió ella aplaudiendo.

–No habías dicho nada de montar –lo acusó Kiley.

–Se me ha ocurrido hace un rato –respondió él, sonriendo a la niña–. He pensado que a la señorita le gustaría.

–Seguro que sí –admitió Kiley sin pensarlo.

Josh sonrió triunfante y le apoyó una mano en la espalda.

–Entonces, decidido.

–Nos estás manipulando, lo mismo que hiciste ayer –le dijo ella mientras iban hacia el corral donde había dos caballos ensillados.

–No –dijo él–. No sabía si habíais montado antes, así que le he pedido a mi capataz que ensillase a Daisy, que es el animal más tranquilo que tengo. Sabes montar, ¿no?

–Sí, pero hace mucho tiempo que no lo hago –admitió Kiley acariciando al animal.

–¿Te ayudo?

Ella negó con la cabeza.

–Puedo sola.

Pero como no era muy alta y el caballo era enorme, no consiguió montarlo.

–Espera, que te ayudo –le dijo Josh, empujándola del trasero para darle el impulso que necesitaba.

A Kiley le ardieron las mejillas. Por suerte, pudo centrar la atención en su hija, que estaba tocando a la yegua.

–Poni –dijo Emmie.

Kiley alargó los brazos hacia ella, pero la niña negó con la cabeza.

–Poni mío –añadió, abrazándose al cuello de Josh.

–Vas a montar conmigo –le explicó Kiley.

–¡No!

–Emmie –le advirtió ella con firmeza.

–No.

–Puede montar conmigo –se ofreció Josh.

Y Emmie asintió con la cabeza.

A Kiley no le gustó, pero dio su consentimiento. No era que no se fiase de él, sino que no quería que su hija le tomase cariño. Había observado la reacción de la pequeña cuando otros padres iban a recoger a sus hijos a la guardería y sabía que la niña echaba de menos una influencia paterna.

Vio cómo Josh se subía al caballo sin soltar a su hija y se le encogió el corazón. Emmie merecía tener un padre, pero las cosas no habían salido así y lamentarse por ello no servía de nada.

–Poni mío –dijo la niña contenta.

Cuando salieron al pasto que había más allá de los establos Kiley tuvo que admitir que, a pesar de no haberle apetecido el plan y que todavía se sentía molesta por cómo Josh lo había controlado todo, no se habría perdido la cara de emoción de Emmie por nada del mundo. La niña lo estaba pasando mejor que en toda su vida.

–Parece que se divierte –comentó Josh sonriendo.

Kiley asintió.

–Siempre le han encantado los animales, pero sus favoritos son los ponis y los caballos. Ya de bebé tenía un caballo de peluche del que no se separaba.

–¿A su padre le gustan los caballos? –preguntó él–. Tal vez le venga de ahí.

–No, su padre se marchó poco después de que naciese –respondió Kiley.

–Lo siento –le dijo Josh.

Parecía sincero.

–No lo sientas –contestó ella–. Estamos mejor sin él.

–¿No mantenéis ningún tipo de contacto?

Kiley negó con la cabeza y sonrió.

–No. Mark renunció a sus derechos sobre la niña para no tener que pasarle una pensión.

Josh hizo parar a su animal y se giró a mirarla.

–¿Y a ti te parece bien?

–La verdad es que me alegro de no tener que tratar con él –admitió–, aunque se me rompe el corazón por Emmie. Cuando sea mayor empezará a preguntarse por qué su padre nunca ha querido saber nada de ella.

–Él se lo pierde –dijo Josh–. Y me parece un tonto si no se ha dado cuenta.

Kiley no sabía por qué le había contado todo aquello a Josh, aunque en Royal todo el mundo sabía que Mark Roberts solo se preocupaba por él mismo. Aunque no formaba parte del círculo de Josh y sus amigos, así que era probable que este no hubiese oído hablar nunca de su exmarido.

–Sé que no es asunto mío pero ¿por qué te casaste con él? –le preguntó Josh, frunciendo el ceño.

–Me quedé embarazada y el abuelo de Mark se empeñó en que tenía que hacer lo correcto y casarse conmigo.

–No tenías por qué haber accedido –puntualizó Josh.

–Al parecer, mi hermana no es la única de la familia que elige mal a la hora de salir con un hombre –comentó ella sin pensarlo.

–Vaya.

–Ah, lo siento. No me refería a ti en particular –añadió Kiley–. Solo quería decir que Lori siempre parece enamorarse de hombres que no le convienen.

–Lori es una chica estupenda, pero tiene un periodo de atención muy corto.

Josh no añadió nada más y Kiley no entendió lo que quería decir. Era cierto que Lori no solía salir con el mismo hombre mucho tiempo, pero, así dicho, era como si hubiese sido ella la que hubiese roto su relación con Josh, y no al contrario, pero Lori le había contado...

–Por eso dijiste que la guardería era el trabajo de tus sueños –continuó Josh, sacándola de sus pensamientos–. Mientras tengas que seguir trabajando para mantener a Emmie, lo mejor es poder tenerla contigo.

–Sí, así no tengo que preocuparme de que otra persona la esté cuidando bien –admitió Kiley.

Él se quedó pensativo, como si estuviese reflexionando acerca de lo que acababa de oír, y luego miró a Emmie.

–Oh, oh, me temo que la pequeña vaquera se va a perder parte de la excursión.

Kiley se dio cuenta de que la niña estaba completamente apoyada en Josh y sonrió. Se había quedado dormida.

–Ha debido de ser por el movimiento del caballo al andar y porque estaba muy emocionada porque iba a ver caballos. Cuando a los niños les empieza a bajar la adrenalina, se quedan rápidamente dormidos. ¿Quieres que la lleve yo?

Él negó con la cabeza, sonriendo.

–No, déjala. Además, no quiero que se despierte.

Siguieron montando en silencio junto a un arroyo y después volvieron a los establos. Y Kiley pensó que, tal vez, después de todo, Josh no fuese tan mal tipo.

Observó cómo sujetaba a su hija contra su pecho y se sintió invadida por una sensación de calidez. No había nada más conmovedor que ver a un hombre con un niño en brazos.

Recordó lo bien que se había sentido pegada al pecho de Josh mientras este le hacía el amor aquella noche y no pudo evitar sentir deseo. El corazón le dio un vuelco y tuvo que recordarse que debía respirar. ¿Qué demonios le pasaba?

Josh Gordon era el último hombre por el que debía latirle el corazón. Tanto él como los demás hombres del comité de financiación se oponían a la existencia de la guardería y, si se salían con la suya, lo cerrarían y la dejarían sin trabajo, sin el trabajo de sus sueños. Así que tenía que

centrarse en eso y no pensar en lo apasionado que había sido su encuentro y en lo querida que se había sentido mientras Josh le hacía el amor.

Volvieron a entrar en los establos y Josh desmontó con cuidado para no despertar a Emmie. Nunca antes se había fijado en lo adorables que estaban los niños cuando dormían. Aunque nunca había tenido niños cerca, así que era normal.

No entendía que el exmarido de Kiley se hubiese marchado de su lado. No entendía que ni siquiera hubiese querido formar parte de la vida de su hija.

Sacudió la cabeza y se giró a ayudar a desmontar a Kiley.

–Emmie se va a sentir muy decepcionada cuando se dé cuenta de que se ha quedado dormida.

Kiley asintió y la tomó en brazos.

–Gracias, Josh. Lo ha disfrutado mientras estaba despierta y estoy segura de que hablará durante días de cómo ha acariciado a los caballos.

A él le gustó oírla hablar en voz baja, decir su nombre y sonreír, y sintió un calor dentro que le era completamente desconocido. Tuvo que aclararse la garganta antes de volver a hablar.

–Ha sido un placer, Kiley. Habrá que repetirlo. Tal vez la próxima vez Emmie consiga mantenerse despierta.

Esta cambió de postura en brazos de Kiley y abrió los ojos.

–Ponis –balbució, y al darse cuenta de que la habían bajado del caballo, se le llenaron los ojos de lágrimas–. Mi poni.

Y Josh se sintió como si acabase de quitarle un caramelo.

–¿Te importa si la subo al caballo mientras los guardo? –le preguntó a su madre.

–No, no me importa –respondió ella, limpiando una lágrima del rostro de su hija–. ¿Quieres que Josh te dé otro paseo?

Emmie asintió y alargó los brazos hacia Josh.

–Poni.

Sin dudarlo, Josh la tomó en brazos y la sentó en el caballo.

–Agárrate fuerte –le instruyó, enseñándole dónde tenía que poner las manos–. Iremos a llevar este caballo y, después, vendremos a por el otro, y así habrás montado en los dos.

Luego agarró a la niña para asegurarse de que no se caía de la silla e hizo que el animal se pusiese a andar. Todos sus caballos estaban muy bien entrenados y Josh tenía plena confianza en ellos, pero no se quería arriesgar.

Cuando el caballo estuvo atado a un poste dentro del establo, Josh y Emmie volvieron al corral a por la yegua. Josh se dio cuenta de la cara que tenía la niña y supo que había ganado varios puntos con ella. Estaba sonriendo de oreja a oreja.

–Bobby Ray, ¿puedes empezar a cepillar a la yegua? –le preguntó Josh a su capataz, que estaba al otro lado de los establos–. Yo volveré en unos minutos a ocuparme del alazán.

Levantó a Emmie de la silla y fue hacia donde estaba Kiley, junto a la

puerta del corral, hablando con la esposa de Bobby Ray.

–Veo que ya has conocido a Martha –comentó, sonriendo a las dos mujeres.

–Oh, Dios mío, qué niña tan bonita –dijo esta.

–¿Quieres que Martha te enseñe los nuevos gatitos? –le preguntó Josh a Emmie, como si estuviesen compartiendo un importante secreto.

No sabía por qué, pero Josh quería retrasar la marcha de Kiley.

–Gatitos –repitió la niña contenta.

–¿Puede ir a ver los dos gatitos que hemos adoptado del refugio de animales? –le preguntó Martha a Kiley.

–Sí –respondió ella sonriendo–. Seguro que le encantan.

Josh dejó a Emmie en el suelo y la niña agarró la mano de Martha y les dijo adiós a él y a su madre.

–Adiós.

–Es una niña estupenda –comentó Josh, viendo cómo se alejaba con su ama de llaves.

–Gracias.

–No, tengo la sensación de que debería darte las gracias yo –admitió él–. Me ha encantado verla disfrutar.

Kiley asintió.

–Cada día es una gran aventura para una niña de dos años.

–Y seguro que también es una aventura para ti –le dijo él, pensando en lo difícil que tenía que ser criar a una niña sin ayuda.

Ella se echó a reír.

–Bueno, en varias ocasiones, la aventura ha terminado en desastre.

El delicioso sonido de la risa de Kiley lo envolvió de tal manera que, sin saber por qué, la abrazó con fuerza.

–Gracias por compartir conmigo la última aventura de Emmie –le dijo.

Le encantó tener el cuerpo de Kiley pegado al suyo. Y cuando sus luminosos ojos marrones lo miraron, Josh no pudo evitar desear besarla.

Inclinó la cabeza lentamente para darle a Kiley la oportunidad de apartarse. Por suerte, la vio cerrar los ojos, así que la besó despacio, y sus labios dulces le recordaron a aquella noche en el apartamento de su hermana. Sintió calor en el vientre y notó que todo el cuerpo se le tensaba. Había sospechado que aquella noche habían llegado hasta el final por la irresistible química que había entre ambos, y en esos momentos sabía que tenía razón.

Pero se obligó a romper el beso para no asustar a Kiley.

–Llevaba varios días queriendo hacerlo –confesó sonriendo.

Ella retrocedió rápidamente.

–No... no tenía que haber ocurrido.

–Pues yo no me arrepiento.

–Yo... Tenemos que marcharnos –dijo Kiley, ruborizada.

Antes de que a ninguno de los dos le diese tiempo a volver a hablar, volvieron Martha y Emmie.

–He tocado gatitos –dijo la niña emocionada.

–Dale las gracias al señor Gordon por habernos invitado a ver los ponis y los gatitos.

–Gracias –dijo la niña.

Él la tomó de la mano para acompañarla hasta el coche.

–De nada, Emmie. Ya daremos otro paseo la próxima vez que vengas al rancho. ¿Quieres?

La niña asintió con fuerza.

–Sí.

Él abrió la puerta trasera del coche de Kiley y sentó a la pequeña en su asiento. Luego retrocedió y esperó a que Kiley la abrochase y cerrase la puerta. Como vio que esta tenía un mechón de pelo rubio en la mejilla, se lo apartó.

–Conduce con cuidado.

Ella asintió y se montó corriendo detrás del volante.

–Hasta la semana que viene.

–Sí –respondió Josh, sonriendo–. Aunque nos veremos antes.

Se le había olvidado de contarle a Kiley que la policía le había confirmado que la huella parcial que habían encontrado después de que alguien hubiese entrado a destrozar la guardería no pertenecía a nadie con antecedentes penales. Podía esperar a contárselo en el club, pero le pareció una buena excusa para ir a verla esa noche. Además, todavía tenían que hablar de la noche que habían pasado juntos, y tal vez Kiley prefiriese hacerlo en la intimidad de su propia casa.

Volvió a los establos silbando a ayudar a su capataz a cepillar a los caballos. Ya había decidido lo que iba a hacer esa noche y estaba deseando que llegase el momento.

Capítulo Cuatro

Después de haber comprado una pizza, Josh atravesó el pueblo en coche, pensando en lo que Kiley le había dicho aquella tarde mientras montaban a caballo. Su exmarido nunca la había ayudado. Como presidente del comité de financiación, él sabía cuál era su sueldo y que no iba a hacerse rica con él. De hecho, no le extrañaría que tuviese que hacer esfuerzos para llegar a finales de mes.

De repente, se dio cuenta de muchas cosas y se le hizo un nudo en el estómago. Kiley había dicho que dirigir la guardería era el trabajo de sus sueños, pero, además de ver a Emmie, necesitaba conservar el puesto por dos motivos muy importantes: para mantener a la niña y a sí misma, y porque si tenía otro trabajo no le llegaría para pagar otra guardería a Emmie.

Y él se sintió muy culpable por haber sido tan intolerante con el tema de la guardería. En cierto modo, se había puesto a la misma altura que Beau Hacket y Paul Windsor. Su padre los había criado en la creencia errónea de que las mujeres tenían que estar en casa, ocupándose de los hijos. Punto.

Pero lo que no se habían parado a considerar era que las mujeres no solo tenían derecho a disfrutar de su tiempo libre igual que los hombres, sino que algunas no tenían elección y necesitaban trabajar, ya fuese para ayudar a sus familias o, como en el caso de Kiley, para sustentarlas.

Decidido a tener una mentalidad más abierta, se dispuso a buscar la señal que indicase la calle Cottonwood Lane. Parecía un barrio agradable, pero las casas eran antiguas y algunas necesitaban una buena reforma.

Al llegar a la calle de Kiley enseguida vio su viejo Ford aparcado delante de una casa pequeña. Detuvo el Mercedes justo detrás. Había luz en la casa y él imaginó que Emmie y Kiley estarían preparándose para cenar.

–Justo a tiempo –dijo, tomando la caja con la pizza y saliendo del coche.

Se acercó a la puerta, llamó al timbre y esperó. Kiley abrió la puerta y a él le dio un vuelco el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo por respirar. Llevaba puesta una camiseta rosa ajustada y unos *leggins* negros.

Josh intentó esbozar una sonrisa inocente y levantó la pizza.

–Aquí está la cena.

Ella lo miró confundida.

–Josh, ¿qué estás haciendo aquí?

–He pensado que estarías cansada después de la excursión de esta tarde y no tendrías ganas de cocinar –le dijo él, preguntándose de repente si se había vuelto loco.

Era evidente que Kiley prefería mantener las distancias, pero él no lograba aceptarlo.

Emmie se asomó desde detrás de su madre y, nada más reconocerlo, miró hacia el jardín.

–¿Caballos?

–Lo siento, Emmie. Los caballos estaban cansados y los he dejado en el rancho, descansando –le explicó él, enseñándole en su lugar la caja con la pizza–, pero te he traído una pizza para cenar.

La niña sonrió y empezó a aplaudir.

–Pizza.

Kiley no parecía tan contenta.

–Normalmente intento que cene algo más sano.

–Lo imaginaba –dijo él–. Por eso he pedido una pizza vegetal, con queso de verdad y masa casera e integral.

De hecho, se sentía muy orgulloso de su elección.

–Pizza, mamá –dijo Emmie, tirándole de la camiseta.

–Está bien –cedió esta, retrocediendo.

Josh entró en la casa y miró a su alrededor. Era exactamente como había imaginado. Los muebles eran viejos y estaban gastados, pero todo estaba ordenado y limpio.

Vio dos mantenles individuales encima de la mesita del café y arqueó una ceja.

–¿Ibais a cenar viendo la televisión?

–Los sábados solemos ver una película –le explicó Kiley–. E iba a preparar unos sándwiches de atún.

Entró en la cocina y salió de ella con otro mantel y tres platos pequeños.

–¿Quieres un té con hielo? Lo siento, pero no tengo nada más fuerte.

–Lo que sea –respondió él, dejando la caja encima de la mesa.

Esperó a que Kiley volviese con el té y le preguntó:

–¿Qué ibais a ver esta noche?

–Unos dibujos de una sirena que quiere ser una chica de verdad –le respondió Kiley mientras ponía la pizza en los platos–. Es una de las películas favoritas de Emmie.

Sus dedos se rozaron cuando ella le dio el plato y Josh sintió cómo una corriente eléctrica le subía por el brazo y le explotaba en el pecho. Apartó la mano y supo que ella la había sentido también.

–Yo princesa –dijo Emmie mientras su madre le ponía un babero para proteger el pijama de princesas.

Josh pensó que la pequeña se iba a quedar dormida mucho antes de que la película hubiese terminado.

Mientras su madre le cortaba el trozo de pizza que le había puesto en el plato, Emmie echó a correr por el pasillo.

–¿Adónde va? –le preguntó él confundido.

Kiley sonrió.

–Te va a demostrar que es una princesa de verdad.

Cuando la niña volvió llevaba en la cabeza una corona de plástico que le quedaba algo grande y se le caía una y otra vez, pero ella la llevaba muy orgullosa.

–Yo princesa –repitió, tomando un pequeño trozo de pizza y metiéndoselo en la boca.

–Sí, eres una princesa –le dijo Josh sonriendo.

Le encantaba todo lo que hacía la pequeña y se sentía fascinado por su entusiasmo.

Entonces se dio cuenta de que Kiley lo estaba mirando fijamente y frunció el ceño.

–¿Qué?

–Nada –dijo ella, tomando el mando de la televisión y poniendo en marcha el DVD.

Mientras comían, Josh se dio cuenta de que Kiley los miraba a Emmie y a él varias veces, pero guardaba silencio. Antes de que le diese tiempo a preguntarle qué ocurría, ella paró la película.

–Lo siento, pero tengo que lavar a Emmie –le dijo, tomando a la niña de la mano.

La llevó al cuarto de baño para lavarle la cara, las manos y los dientes. Josh recogió los platos y la caja vacía de la pizza. Volvió al salón y se sentó en el sofá, y poco después llegó Emmie corriendo y se sentó a su lado.

Sonrió y le dijo algo que Josh no entendió.

–¿Quiere que le vuelva a poner la película? –le preguntó Josh a Kiley, que estaba justo detrás.

La expresión de esta era la misma que si hubiese visto un fantasma.

–¿Ocurre algo? –le preguntó él.

La pregunta pareció sacarla de sus pensamientos.

–No, pon la película, por favor.

Kiley se sentó en un sillón y Emmie alargó una mano hacia ella.

–Mamá –le dijo en tono decidido, haciendo un gesto para que se acercase.

–Creo que quiere que te sientes con nosotros –comentó Josh.

A Kiley no pareció gustarle, pero hizo lo que su hija quería y se sentó a su lado. Diez minutos después, la niña volvió a sorprender a Josh sentándose en su regazo y apoyándose en su pecho.

Kiley intentó alejarse entonces, pero Josh le puso un brazo alrededor de los hombros.

–La princesa está a punto de dormirse, si te mueves, a lo mejor se espabila –le susurró al oído.

Notó cómo Kiley se estremecía y, después, lo miró con exasperación.

–¿Qué estás haciendo, Josh?

–Viendo una película con Emmie y contigo.

–Ya sabes lo que quiero decir –replicó ella, sacudiendo la cabeza.

–¿Podemos hablarlo cuando la niña se haya ido a dormir? –le preguntó él.

Lo cierto era que no sabía por qué tenía la necesidad de estar cerca de Kiley. Normalmente no le atraían las mujeres con hijos, pero aquel no era el caso. Tal vez fuese por lo ocurrido tres años antes, o porque cuanto más las conocía a ambas, más quería saber. No estaba seguro, pero siempre había seguido su instinto y este le decía que no se precipitase, que fuese despacio y explorase lo que había entre ambos.

–Está dormida –le informó Kiley, alargando las manos hacia la niña.

–Si me dices dónde está su habitación, la llevaré yo –dijo Josh, poniéndose en pie.

Ella lo condujo por el pasillo y Josh dejó a la niña en la cama más pequeña que había visto nunca y luego esperó fuera a que Kiley la tapase y le diese un beso de buenas noches.

–No sabía que hubiese camas tan pequeñas –comentó cuando volvieron al salón.

–Es una cama de niño –contestó ella, apagando la película y sacando el disco del reproductor–. Emmie es demasiado grande para una cuna y demasiado pequeña para una cama normal.

–Tiene sentido.

Ella lo miró fijamente y por fin preguntó:

–¿A qué has venido esta noche, Josh?

–Esta tarde he olvidado decirte que el detective que lleva el caso del acto vandálico le ha dicho a Gil Addison que han analizado la huella que encontraron en la guardería.

–¿Y saben a quién pertenece?

Josh negó con la cabeza.

–No coincide con nadie que tengan en la base de datos, así que no tiene antecedentes penales.

–Tenía la esperanza de que a estas alturas ya hubiesen encontrado al culpable.

–Al parecer, sospechan del hijo de algún miembro del club –le dijo Josh.

–¿Y no podías haber esperado a contármelo el lunes? –le preguntó ella, girándose y encontrándoselo demasiado cerca.

Él sonrió y a ella se le puso la piel de gallina.

–Podía haber esperado, pero quería volver a verte.

–Hemos pasado la tarde juntos. ¿No te ha parecido suficiente?

Él la abrazó despacio y Kiley supo que le estaba dando la oportunidad de retroceder, pero no consiguió que sus pies se moviesen.

–No, no ha sido suficiente –respondió Josh–. Esta tarde no he podido darte un buen beso de despedida.

–Josh, no ha sido buena idea entonces y tampoco lo es ahora –protestó ella en tono poco convincente.

–¿Por qué dices eso, Kiley? –le preguntó él, rozándole suavemente los labios.

–Porque... es... así –dijo ella.

Kiley necesitaba tiempo para pensar, pero Josh se lo estaba poniendo muy difícil.

Lo miró a los ojos azules, él volvió a besarla y Kiley se olvidó de todo. Llevaba tres años intentando olvidarse de sus besos. Hacía tanto tiempo que no la abrazaba ni besaba un hombre.

Perdida en la deliciosa sensación, tardó unos segundos en darse cuenta de que Josh le estaba acariciando un pecho. Se estremeció al notar su dedo pulgar a través de la ropa y no pudo evitar sentir un poderoso anhelo.

De repente, el sonido del teléfono la sobresaltó y la ayudo a recuperar la cordura. Se apartó de Josh y tomó el aparato. Reconoció al instante el

número de su hermana.

–Es... Lori. Tengo que llamarla –balbució–. Creo que deberías marcharte, Josh.

Él la miró fijamente unos segundos y por fin asintió.

–Saluda a Lori de mi parte.

Se giró hacia la puerta, pero después volvió a darse la media vuelta y le pasó un dedo por la mejilla.

–Sé que no quieres reconocerlo, pero lo que hay entre nosotros no ha disminuido, sino más bien lo contrario, es todavía más fuerte que aquella noche.

–Josh...

Él le dio un beso rápido y abrió la puerta.

–Hasta el lunes por la tarde.

Incapaz de hablar de manera coherente, Kiley lo vio marchar y después se dejó caer en el sofá. Todavía estaba aturdida por el beso, pero lo que más le sorprendía era lo que había sentido al verlo sentado con Emmie.

Siempre había pensado que su hija se parecía a ella. Ambas tenían el mismo color de pelo y de ojos, pero al verla con Josh había empezado a tener dudas. Emmie tenía su misma sonrisa, su nariz, y aunque el color de sus ojos era diferente, tenían la misma forma.

Kiley sacudió la cabeza y se levantó del sofá para ir a la habitación que utilizaba como despacho. Se sentó frente al ordenador e intentó encontrar en Internet la información que pudiese demostrarle que estaba equivocada.

Media hora después tenía la mirada perdida y estaba intentando asimilar que existía una posibilidad real de que Josh Gordon fuese el padre de Emmie.

Kiley esperó a la mañana siguiente para devolverle la llamada a su hermana. Todavía no se había hecho a la idea de que Josh podía ser el padre de Emmie, pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía.

Emmie no se parecía en nada a Mark, que era moreno de piel, con el pelo negro y la nariz diferente. Y luego estaba el calendario, que hacía que tuviese todavía menos posibilidades de ser el padre.

Kiley siempre había pensado que se había quedado embarazada varias semanas más tarde, cuando Mark y ella habían hecho las paces después de la discusión de aquella noche, pero eso significaba que Emmie había nacido tres semanas antes de tiempo. Mientras que si calculaba su embarazo con la fecha en la que había estado con Josh y la del nacimiento de Emmie, todo encajaba.

No obstante, no era una prueba contundente. Solo una prueba de ADN podía serlo.

Pensó que necesitaba distraerse de todo aquello y llamó a su hermana.

–Hola, Lori –la saludó–. Siento no haber podido responder a tu llamada anoche. Estaba... ocupada.

–No pasa nada –respondió Lori contenta–. Imaginé que estabas peleándote con mi adorable sobrina para meterla en la cama.

–Las noches de los sábados suelen ser sencillas. Emmie siempre se queda dormida frente al televisor y solo tengo que meterla en la cama –comentó Kiley, preguntándose cómo iba a hacer para sacar el tema de Josh.

–Te llamé por la tarde para ver si me ayudabas con las compras de Navidad, pero no estabas en casa –dijo Lori riendo–. Ya me conoces. Siempre espero al último momento para comprar los regalos y quería tu opinión. Si no, después me pongo nerviosa y siempre me equivoco.

–Yo empecé a comprar cosas en otoño, así voy gastando el dinero poco a poco y tengo más tiempo para pensar en lo que voy a regalar.

–Siempre fuiste la más lista de las dos –comentó Lori–, sobre todo, en lo relativo a los hombres.

–¿Has roto con tu último novio? –le preguntó Kiley, sabiendo que las relaciones de su hermana no duraban más de un par de meses.

–No, todavía estoy saliendo con Sean –le contó ella–. Incluso estamos pensando en irnos a vivir juntos.

–Tal vez sea tu media naranja –le dijo Kiley.

–Tal vez –admitió Lori esperanzada.

–Por cierto, ¿a que no sabes con quién estoy teniendo que trabajar últimamente? –le preguntó Kiley.

–¿Con quién?

–Con Josh Gordon –dijo Kiley, esperando la reacción de su hermana.

–Ah, Josh es tipo muy agradable –comentó esta–. De hecho, es uno de los solteros de oro de Royal. Deberías salir con él. Hacéis muy buena pareja. Y tú tienes que volver a salir con hombres.

–No tengo ningún interés –dijo Kiley, sacudiendo la cabeza.

–Es una pena, porque Josh es estupendo –insistió Lori.

Kiley frunció el ceño.

–¿No les dijiste a papá y a mamá que te había roto el corazón?

Hubo un silencio antes de que su hermana respondiese.

–La verdad es que no fue así, pero ya sabes que siempre piensan que tomo malas decisiones.

–Y no eres la única –murmuró Kiley.

–Eh, que Mark Roberts es el único chico con los que saliste que no les gustaba –le recordó Lori–. Y tenían razón.

Kiley respiró hondo. Prefería no hablar de su breve matrimonio.

–Cuéntame qué pasó en realidad con Josh.

–Estuvimos saliendo juntos unos meses, pero había veces que estábamos una semana o así sin vernos –empezó su hermana–. Ya me conoces. Me aburrí. Empecé a salir con otra persona y todo iba genial, así que veía a Josh unos días y al otro chico otros.

Suspiró.

–Todo iba bien hasta que Josh nos sorprendió.

–¡Lori!

–Sé que no tenía que haberlo hecho –admitió Lori–. Le pregunté a Josh si podía decirles a papá y a mamá que me había dejado él.

–¿Por qué?

–Porque no quería que me dijesen que lo había vuelto a estropear todo –le confesó su hermana suspirando–. Josh y yo sabíamos que nuestra

relación nunca iba a funcionar, y cuando le pedí que permitiese que yo le dijese a todo el mundo que había roto él, fue un cielo y accedió.

Kiley no podía creer lo que acababa de oír.

–¿Yo pensaba que era un demonio vestido de Armani, y ahora resulta que es inocente, que no ha hecho nada malo?

–Eso es –le confirmó Lori–. Por favor, no se lo digas a papá y a mamá. Estoy muy bien con Sean y prefiero no tener tensiones con ellos, ya que se lo voy a presentar esta semana.

–No te preocupes. Tú sabrás lo que quieres contarles –le dijo Kiley a su hermana–, pero Josh no merece que piensen mal de él y papá y mamá merecen saber la verdad. Deberías hacer las cosas bien.

–Ya lo sé, y te prometo que confesaré pronto. Ahora tengo que dejarte. Sean acaba de llegar. Dale muchos besos y abrazos a Emmie de mi parte.

–Lo haré –respondió Kiley antes de colgar.

De repente, muchas cosas que había pensado que eran verdad, estaban empezando a cambiar.

Jamás se había cuestionado la paternidad de Mark. No se le había pasado por la cabeza, pero en esos momentos sabía que era probable que no fuese el padre de Emmie. También había pensado que Josh era un cretino que le había roto el corazón a su hermana.

¿En qué más estaba equivocada? ¿Y por qué se sentía tan aliviada al saber que Josh no era, al fin y al cabo, un rompecorazones?

Capítulo Cinco

Josh anduvo por una de las obras que estaba haciendo su empresa, el suelo estaba cubierto de barro y hielo, y maldijo el tiempo. Una semana hacía calor, la siguiente frío, y así llevaban los últimos meses. Pero aquel día hacía especialmente malo. Llevaba lloviendo desde antes del amanecer y hacía una hora había empezado a caer aguanieve. Decidió que era demasiado peligroso que sus hombres anduviesen por las vigas de hierro de la estructura y que iba a mandarlos a casa. Ningún edificio merecía tanto la pena como para arriesgar la vida de un hombre.

Se subió al todoterreno y llamó a las oficinas de Gordon Construction.

–Sam, he cerrado la obra de Duncan y voy hacia casa –dijo sin más preámbulos.

–Ya me lo imaginaba –comentó su hermano gemelo–. Yo voy a pasar por el club a recoger a Lila y después me iré a casa también. Está en clase de yoga para embarazadas, pero no quiero que conduzca con este tiempo.

Josh comprendió a su hermano. Lila estaba embarazada de gemelos. Si él hubiese tenido una mujer embarazada, habría hecho lo mismo.

De repente, pensó en Kiley y Emmie, que tenían que estar en la guardería hasta que recogiesen a todos los niños, y le preocupó que tuviesen que volver a casa solas por una carretera llena de hielo.

–Quizás nos veamos en el club –dijo–. La directora de la guardería y su hija van a necesitar ayuda para volver a casa.

–¿No me digas? –comentó su hermano–. No pensé que te gustasen las mujeres con hijos.

–Cállate, anda –dijo Josh molesto–. Vive por Herndon y ya sabes el viento que hace por esa zona.

–Sí, no sé quién sería el ingeniero que diseñó esa carretera, pero conducir por ella en días como hoy es un verdadero suicidio.

–Lo sé, por eso me las voy a llevar a casa conmigo.

Josh acababa de tomar la decisión.

–Tú ten cuidado también –añadió.

–Lo mismo te digo Josh, cuida de tu nueva familia –bromeó Sam.

–Sam, Kiley y yo...

Su hermano lo interrumpió con una carcajada.

–Mentiroso. Es evidente que te importan más de lo que quieres admitir, por eso te pones a la defensiva.

–Sabelotodo –murmuró Josh antes de colgar.

Se olvidó de los comentarios de su gemelo y se concentró en ir al club lo más rápidamente posible.

Encendió la radio para oír la predicción meteorológica y apretó los dientes al oír que iba a seguir el mal tiempo también al día siguiente.

Además, ya había zonas del pueblo que estaban sin electricidad, entre ellas, el barrio en el que vivía Kiley.

Pensó en llamarla por teléfono, pero no lo hizo por no distraerse y porque tenía la sensación de que iba a tener que convencerla para que fuese a casa con él.

Cuando por fin llegó al club tuvo la sensación de que llevaba varias horas conduciendo, a pesar de estar relativamente cerca. Con el corazón acelerado, llegó al aparcamiento y buscó con la mirada el viejo coche de Kiley. Aliviado, vio que estaba aparcado en la otra punta. Aparcó su coche cerca de la puerta y entró en el club. Fue directo a la guardería.

–¿Cuántos niños faltan por recoger? –preguntó nada más entrar y verla mirando por la ventana, nerviosa.

–¿Josh? ¿Qué haces aquí? He oído que las carreteras se están poniendo muy peligrosas –le dijo con el ceño fruncido.

–Sí –respondió él, mirando a su alrededor y viendo solo a Emmie y a Cade Addison–. ¿Cuándo te vas a poder marchar?

–Gil viene de camino. Me marcharé en cuanto llegue. ¿Por qué?

–He venido a recogeros a Emmie y a ti –anunció Josh mirándose el reloj–. Yo diría que vamos a tener el tiempo justo para llegar a mi rancho antes de que cierren las carreteras.

Kiley negó con la cabeza.

–Nosotras nos vamos a casa.

–De eso nada, Kiley. No puedo permitir que conduzcas por esa carretera.

–¿Qué has dicho? –inquirió ella–. ¿Que no puedes permitir que me vaya a casa?

–Tal vez debiera decirlo de otra manera. Quería decir que no me gusta la idea de que vayas con Emmie por esa carretera tan peligrosa. Me sentiría mucho mejor si permitieras que os llevase a mi rancho. Está mucho más cerca.

Ella volvió a negar con la cabeza.

–No puedo hacer eso, Josh.

–¿Por qué no? –le preguntó él, molesto con su testarudez.

En ese momento llegó Gil Addison.

–Espero que tengáis pensado marcharos ahora mismo –dijo, ayudando a su hijo a ponerse el abrigo–. He oído que la policía recomienda no salir a las carreteras hasta que haya pasado la tormenta de hielo y las hayan limpiado.

Josh asintió.

–De eso precisamente estábamos hablando.

–No vengas a trabajar en los próximas días, Kiley –le dijo Gil antes de salir por la puerta–. Voy a cerrar el club hasta que las carreteras estén limpias, y supongo que no ocurrirá hasta finales de semana.

–Gracias –respondió ella–. Ten cuidado con el coche.

Cuando Gil se marchó, Josh esperó a que Kiley apagase la luz de su despacho, recogiese el bolso y buscase los abrigos. No iba a ceder. Iban a irse al rancho con él.

–De camino aquí he oído en la radio que en la zona en la que vives no hay electricidad –le informó, esperando hacerla entrar en razón–. Además

de la posibilidad de tener un accidente de camino a casa, ¿cómo vas a mantenerla caliente para Emmie, si es que consigues llegar hasta allí?

–Si el rancho se queda sin electricidad, estaríamos en el mismo caso –dijo ella.

–No. Cuando construí la casa hice instalar un generador de emergencia que tiene potencia suficiente para toda la casa.

Josh decidió que irían más rápido si llevaba él a la niña, así que la tomó en brazos.

–¿Quieres que os lleve a mamá y a ti a mi rancho con los ponis, Emmie? –le preguntó.

–Quiero ver ponis –respondió ella–. ¡Por favor!

Kiley lo fulminó con la mirada y se mordió el labio inferior, pensativa.

–Josh, no sé si va a ser buena idea. Tal vez tengamos que pasar varios días encerrados.

–¿Cuántas veces has conducido por una carretera helada? –le preguntó él mientras salían de la guardería y ella cerraba la puerta.

–Creo que ninguna –admitió ella mientras salían fuera.

–Pues yo lo he hecho y no es nada fácil.

Al llegar a la puerta, Josh dejó a la niña en el suelo.

–Esperadme aquí, acercaré mi todoterreno para que no os mojéis.

–Necesito la silla del coche de Emmie –dijo Kiley, sacando las llaves del bolso.

–No tiene sentido que ninguno de los dos nos rompamos el cuello con el hielo. Iré a por el coche, me acercaré al tuyo, sacaré la silla de Emmie y volveré a buscaros.

Josh tuvo que ir despacio, así que tardó unos minutos en volver a por Kiley y Emmie.

Luego condujo despacio en dirección al rancho. Las calles estaban completamente desiertas y el trayecto iba a ser complicado.

Cuando Josh llegó por fin al camino que llevaba al rancho, Kiley pudo empezar a relajarse. Había unos siete kilómetros entre el club y el rancho y habían tardado casi una hora en recorrerlos. En el camino, habían visto a varios vehículos salirse de la carretera y había temido convertirse en uno más. Por suerte, Josh era un conductor excelente y había conseguido controlar el vehículo.

Por mucho que a Kiley le costase admitirlo, se alegraba de que Josh hubiese insistido en llevarlas al rancho con él. Sabía que no habría podido llegar a casa sin sufrir un accidente. Se estremeció solo de pensarlo.

–¿Tienes frío? –le preguntó Josh–. Casi hemos llegado, pero puedo subir la calefacción si quieres.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias, estoy bien.

Josh aparcó el todoterreno en el garaje, apagó el motor y cerró la puerta con el mando a distancia.

–Hemos tardado, pero hemos llegado sanos y salvos.

–Gracias –le dijo Kiley de todo corazón–. La verdad es que las carreteras

estaban fatal.

Él asintió.

–Me temo que vamos a tener que hacernos la cena nosotros. Esta tarde, cuando el tiempo ha empezado a empeorar, he llamado a Martha y le he dicho que se fuese a casa con Bobby Ray. Viven a quince kilómetros de aquí y quería que se marchasen antes de que las carreteras estuviesen demasiado mal.

Kiley lo miró un instante. El hecho de que se preocupase por sus empleados decía mucho de él.

–Yo hago la cena todas las noches para Emmie y para mí –le dijo sonriendo–. Así que puedo hacerla esta noche para los tres.

–Me alegro, porque tengo que reconocer que solo sé cocinar pasta con queso.

–Pensé que todos los hombres de Texas sabían preparar carne –bromeó ella.

Fue a abrir la puerta, pero Josh la detuvo.

–Espera –le dijo, saliendo del coche para dar la vuelta y abrirle él la puerta–. Sé hacer carne a la parrilla, pero no voy a arriesgar mi vida para llegar hasta donde está la barbacoa.

Kiley dejó que la ayudase a salir y se echó a reír.

–¿Qué ha sido de tu sentido de la aventura?

–Lo he gastado todo conduciendo –respondió él, dejando de sonreír para enterrar los dedos en su pelo–. Me alegro de que hayas decidido venir a casa conmigo.

Se inclinó y le dio un beso.

–No podía imaginaros volviendo a casa solas, con todas esas curvas.

A Kiley se le aceleró el pulso.

–Josh...

Él puso un dedo en sus labios para acallarla.

–No quiero que te preocupes. A pesar de lo ocurrido hace tres años, te prometo que puedes confiar en mí.

Antes de que a Kiley le diese tiempo a responderle, él se giró para abrirle la puerta a Emmie.

–Está completamente dormida –susurró, tomándola en brazos.

A Kiley se le cortó la respiración al ver que la niña abría los ojos y, al ver con quién estaba, lo abrazaba por el cuello y apoyaba la cabeza en su hombro. Nunca se había comportado así con nadie. ¿Sentía la niña que Josh era alguien especial en su vida?

Kiley siguió a Josh mientras se preguntaba qué iba a hacer con respecto a sus sospechas. ¿Cómo iba a empezar esa conversación?

Decidió no decir nada por el momento. Llegaron a la cocina y Josh encendió la luz. Las encimeras de mármol negras y los armarios blancos eran preciosos, y los electrodomésticos de acero inoxidable eran dignos de un restaurante. Cocinar en aquel lugar iba a ser maravilloso.

–Esta cocina es un sueño hecho realidad para cualquier persona a la que le guste cocinar –comentó. ¿Invitas a mucha gente?

–Siempre hago una barbacoa para los empleados el Cuatro de Julio porque mi casa es más grande que la de mi hermano.

Josh sujetó a Emmie mientras que Kiley le quitaba la chaqueta.

–Y Sam se ocupa de la fiesta de Navidad. Luego solemos dar alguna cena para clientes, pero nada más.

Mientras Josh colgaba los abrigos en el armario que había cerca de la puerta, Kiley admiró el suelo de mármol color crema de la entrada y la amplia escalera que conducía al piso de arriba. Era evidente que Josh no había escatimado en gastos al construir la casa.

–Hambre –murmuró Emmie, despertando y mirando a su alrededor.

–Hola, princesa –le dijo Josh sonriendo.

–Ponis –añadió la niña, sonriendo también.

Él se echó a reír y a Kiley se le encogió el estómago al oírlo.

–Los ponis están en el establo cenando, pero te prometo que en cuanto mejore el tiempo iremos a verlos. ¿De acuerdo?

La niña asintió y abrazó a su madre por el cuello.

–Hambre, mamá.

–En ese caso, será mejor que prepare la cena –le respondió Kiley, haciéndole cosquillas.

La niña se echó a reír y ella miró a Josh.

–¿Tenías pensado pedirle a Martha que preparase algo en especial, o busco a ver qué hay?

–Martha suele tener la nevera y la despensa bien surtidas, así que haz lo que quieras –le respondió él, guiándola de vuelta a la cocina–. Yo puedo ayudarte a poner agua a hervir.

Kiley rio y dejó su bolso en la isla que había en el centro de la cocina. Buscó en él uno de los ponis de juguete de Emmie y se lo dio.

–Lo tendré en mente. ¿Te importa cuidar de ella mientras preparo algo? –le preguntó a Josh.

–¿Le pongo la televisión? –sugirió Josh.

Kiley no solía dejar ver la televisión a Emmie, pero aquellas circunstancias eran excepcionales.

–Hay unos dibujos de ponis que le dejo ver de vez en cuando.

–Los encontraré –le prometió Josh.

Luego miró a la niña y le preguntó:

–¿Quieres que vayamos al salón a ver si encontramos esos dibujos animados de ponis?

–Sí, por favor –dijo la niña asintiendo.

Kiley vio cómo su hija le daba su pequeña mano a Josh y se mordió el labio inferior para impedir que le temblase. Emmie merecía tener un padre, pero ella no sabía cómo iba a encontrar la manera de compartir sus sospechas con Josh. Y, si lo hacía, tampoco sabía cómo iba a reaccionar este. Mark había rechazado a Emmie a pesar de haber pensado que era hija suya. ¿Haría Josh lo mismo?

–No pienses en eso –se dijo a sí misma.

Antes de hablar con él, llamaría a Mark para preguntarle cuál era su grupo sanguíneo. Si este lo descartaba como padre de Emmie, ella encontraría el valor necesario para hablar con Josh. Hasta entonces, lo mejor sería guardar silencio y concentrarse en algo mucho más urgente: encontrar algo para cenar.

–Eres muy buena cocinera –comentó Josh, todavía sentado a la mesa del comedor–. Estaba delicioso.

Kiley le sonrió y a él le ardió la sangre en las venas.

–Me alegro de que te haya gustado, pero no era más que un pollo guisado con verduras.

–¿Te cuento un secreto que compartimos casi todos los hombres? –le preguntó él sonriendo.

–Sí, por favor.

Josh se puso en pie y empezó a recoger los platos para llevarlos a la cocina, pero antes de marcharse se acercó a ella y le susurró al oído:

–A la mayoría no nos importa lo que estamos comiendo siempre y cuando esté bueno y haya mucha cantidad.

Ella sonrió y le limpió la cara y las manos a Emmie.

–Yo añadiría algo más.

–¿Sí? ¿El qué? –preguntó él arqueando una ceja.

–Que no os importa lo que comáis, siempre y cuando no tengáis que cocinarlo vosotros.

–Eso es obvio, cielo.

Mientras Josh metía los platos en el lavaplatos, Kiley preparó a Emmie para meterla en la cama. Josh no sabía cómo eran otras mujeres con sus hijos, pero Kiley le parecía maravillosa. No solo llevaba juguetes para la niña en el bolso, sino también un cambio de ropa, cubiertos de plástico y todo un surtido de refrigerios saludables.

En ese momento, Josh decidió que si en alguna ocasión se encontraba en una situación de vida o muerte, quería a Kiley con su bolso a su lado.

Estaba yendo hacia el salón para sentarse en el sofá cuando la luz parpadeó varias veces y después se apagó. El generador se puso en marcha automáticamente y él se alegró de haber pensado en instalarlo al construir la casa. Aunque tuviesen que estar allí encerrados hasta que se derritiese el hielo, no pasarían frío ni hambre.

Emmie entró corriendo en el salón, vestida con unos pantalones de chándal rosas y el pelo rizado alrededor de la cara. Tenía los ojos brillantes y parecía nerviosa. Se sentó en el regazo de Josh y empezó a contarle algo que este no comprendió.

–¿Qué ocurre? –le preguntó a Kiley.

–Está intentando contarte que se ha ido la luz mientras la estaba bañando.

–No tienes que preocuparte por la luz –le prometió Josh a la niña.

–¿Ha saltado el generador? –le preguntó Kiley mientras guardaba la ropa sucia de Emmie en su bolso.

Él asintió y tomó el mando de la televisión.

–Iba a ver si dicen algo acerca de los cortes de electricidad en las noticias.

Pronto se enteraron de que todo Royal y sus alrededores estaban sin electricidad debido a la tormenta.

Cuando las noticias terminaron, Kiley se dio cuenta de que Emmie

estaba dormida.
–¿La llevo a la cama? –le preguntó Josh en voz baja.
Ella negó la cabeza.
–Se asustará si se despierta en un lugar desconocido, así que será mejor que se quede aquí hasta que yo me acueste.
La tumbaron en el sofá de dos plazas y Kiley se dispuso a volver al sillón en el que había estado sentada, pero Josh la agarró de la mano.
–Ven aquí.
–No, Josh, no estoy cómoda...
–Así no molestaremos a Emmie al hablar –razonó él, interrumpiéndola.
Kiley lo miró fijamente varios segundos antes de acceder a sentarse a su lado.
–Supongo que tienes razón. Suele tener el sueño profundo, pero en casa y en su propia cama.
–Estaba pensando en cómo íbamos a dormir –le dijo él.
–¿Y? –preguntó ella con cautela.
Josh se echó a reír.
–No te preocupes. Hay dos habitaciones principales, la que has utilizado para darle el baño a Emmie y otra arriba. Y otras cuatro habitaciones de invitados más. Puedes elegir la que quieras, pero, por sentido común, yo me quedaría la de aquí abajo para que la niña no tenga que subir y bajar las escaleras.
–Gracias –le dijo ella–, pero en la habitación de abajo están tus cosas, así que supongo que es la tuya.
Él asintió.
–Martha tiene una rodilla operada, así que le es más fácil arreglar esa habitación todos los días.
Kiley sonrió.
–Nunca dejas de sorprenderme, Josh Gordon.
–¿Por qué dices eso?
–Porque no todo el mundo sería tan considerado con su ama de llaves –admitió Kiley.
–Conozco a Martha y a Bobby Ray de toda la vida –respondió él encogiéndose de hombros–. Cuando tuvieron que vender el ganado a causa de la sequía, estuvieron a punto de perder su rancho. Yo les ofrecí trabajo porque sabía que era la única ayuda que iban a aceptar.
–Los comprendo. Es una cuestión de orgullo –comentó ella, más relajada–. ¿Y consiguieron conservar sus tierras?
Josh asintió.
–No tenían dinero suficiente para empezar de cero, pero Bobby Ray quería conservar el rancho porque lleva más de cinco generaciones en su familia. Lo quiere para su nieto. Y trabajando para mí tienen suficiente para sus gastos, y para mantenerlo.
–Y tú te adaptas a ellos para ayudarlos –reflexionó Kiley en voz baja.
–Más o menos.
Josh decidió cambiar de tema de conversación.
–¿Sabes lo que vamos a hacer mañana?
–Ni idea –admitió ella sonriendo.

–Poner la decoración de Navidad –le dijo él, señalando el rincón que había junto a la chimenea de piedra–. Allí es donde puse el árbol la primera Navidad, cuando me mudé.

–¿Y no has vuelto a ponerlo desde entonces? –le preguntó Kiley con el ceño fruncido.

–La verdad es que no he tenido tiempo.

Ni motivos para decorar la casa, ya que vivía solo.

–¿Piensas que es un buen lugar, o que deberíamos ponerlo en otra parte?

–Junto a la chimenea está bien –decidió ella, ocultando un delicado bostezo con la mano–. Nosotras lo pusimos el domingo por la tarde. A Emmie le va a encantar poder decorar otro árbol, pero ¿de dónde vas a sacarlo con este tiempo?

–Tengo uno artificial en el garaje, pero ya hablaremos de eso mañana. Estás cansada.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse del sillón y luego la abrazó.

–Voy a darte un beso de buenas noches, Kiley.

Ella quiso protestar, pero Josh le puso un dedo en los labios.

–Será solo un beso. Luego me iré arriba...

–Podemos dormir...

–No pasa nada. Llevaré mis cosas arriba.

La besó suavemente para no asustarla y esperó a que ella hiciese algo que le indicase que quería más. Cuando Kiley lo abrazó por el cuello y se apoyó en su cuerpo, Josh sintió que había triunfado, pero siguió esperando. Quería saber que Kiley estaba impaciente porque la besase de verdad.

La oyó gemir y vio cómo separaba los labios y le preguntó:

–¿Quieres que te bese, Kiley?

–Yo... no debería –admitió ella sin aliento.

–Pero quieres.

–Sí.

Era todo lo que Josh necesitaba oír, inclinó la cabeza y le dio el beso que ambos necesitaban. Tierno, pero intenso.

Kiley se apoyó contra su cuerpo y él pensó que ninguna mujer había encajado tan bien entre sus brazos. Recordó lo ocurrido tres años antes y el cuerpo se le endureció de deseo.

Se apretó contra ella y notó cómo se le aceleraba la respiración al sentir su erección.

Saber que lo deseaba tanto como él a ella lo excitó todavía más y deseó olvidarse de todo y dejarse llevar por aquella química, pero no era eso lo que Josh quería.

Cuando volviese a hacer el amor con Kiley, y estaba seguro de que lo iban a hacer, quería hacerlo despacio, disfrutando de cada segundo y de la persona con la que estaba.

Rompió el beso lentamente y luego suspiró. Los ojos marrones de Kiley todavía brillaban de deseo.

–Josh, yo...

–Shh, no digas nada, cielo –la interrumpió, dándole un beso en la punta de la nariz–. Llévate a Emmie a dormir. Yo recogeré mis cosas y me daré una ducha fría en el piso de arriba.

Capítulo Seis

A la tarde siguiente, Kiley se sentó en el sofá para ver cómo Emmie ayudaba a Josh a poner el árbol de Navidad. Estaban tardando el doble de lo normal, gracias a la ayuda, pero a Josh no parecía importarle.

Kiley bostezó y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Estaba agotada y no sabía por qué. Aunque era cierto que le había costado trabajo dormir después del beso de la noche anterior.

Además, tampoco la había tranquilizado saber que estaba durmiendo en la habitación de Josh, que olía a él. A su vez, eso le había hecho recordar la noche que habían hecho el amor.

–Mira, mamá –dijo Emmie, subiéndose en el sofá.

Kiley abrió los ojos y sonrió.

–¿Qué quieres que vea, cariño?

Emmie sonrió de oreja a oreja.

–El árbol.

–Es precioso –le dijo ella–. Lo has hecho muy bien.

Josh encendió las luces y a Emmie le brillaron los ojos.

–Bonito.

–Nos ha quedado muy bonito, ¿verdad? –comentó él–. ¿Quieres poner el ángel en lo más alto, Emmie?

La niña asintió y se bajó del sofá para volver con Josh, y Kiley no pudo evitar volver a fijarse en sus similitudes. Los ojos, la nariz, pero también el color del pelo, que era más bien castaño claro, como el de Josh.

Josh tomó a la niña en brazos para ayudarla a poner el ángel, y cuando ambos se giraron hacia ella, se le cortó la respiración. Hasta sus sonrisas eran iguales.

A Kiley ya no le cabía la menor duda de quién era el padre. Emmie era igual que Josh.

–¿Qué te parece?

–Está un poco torcido, pero bien –respondió ella automáticamente.

Josh dejó a Emmie en el suelo y se acercó a Kiley.

–¿Te encuentras bien?

–Sí. ¿Por qué?

–Porque pareces... preocupada.

Ella negó con la cabeza.

–Solo estoy un poco cansada.

Josh la miró fijamente unos segundos antes de decir:

–Yo tampoco he dormido bien. No podía dejar de pensar en el beso y...

–Yo no he dicho que no haya dormido bien –lo interrumpió ella.

–No hace falta –le respondió Josh, acariciándole la mejilla–. Tus ojeras lo dicen todo.

–Es que los niños se mueven mucho por la noche –se excusó.

Josh siguió mirándola a los ojos.

–Si tú lo dices.

Luego se giró de nuevo hacia las cajas de adornos.

Cuando terminaron de decorar la casa Emmie ya se estaba frotando los ojos y Kiley supo que era la hora de ponerla a dormir la siesta.

–Emmie, ¿quieres que te lea un cuento?

–De ponis –dijo la niña, buscando en el bolso de su madre.

Mientras le leía a Emmie su cuento favorito, Kiley vio cómo Josh recogía las cajas de adornos y se las llevaba al garaje. Cuando volvió, se sentó en el sillón que había junto al sofá y se quedó mirándolas.

Kiley se preguntó qué estaría pasando por su mente.

–Se ha dormido –le dijo Josh por fin.

Ella la tumbó en el sofá y la tapó con una manta.

–¿Te apetece un café? He preparado una cafetera mientras le leías el cuento a Emmie –le dijo Josh.

–Estupendo –respondió ella, poniéndose en pie–. ¿Cómo lo quieres?

–Tú quédate aquí, yo lo traeré.

Kiley le dijo cómo quería el café y se volvió a sentar en el sofá, pensativa. Siempre había creído que Josh era un hombre del que no se podía fiar, pero, cuanto más lo conocía, más se daba cuenta de que era distinto a como ella había pensado. Que, al fin y al cabo, no era un mal tipo.

–Aquí lo tienes, con leche y edulcorante –dijo Josh riendo.

Ella sonrió.

–Supongo que tú eres uno de esos puristas del café.

–Sí, me gusta solo y cuanto más fuerte, mejor.

–Si me lo tomase así, además de no gustarme el sabor, no podría dormir. De hecho, nunca había tomado café antes de tener a Emmie, pero era la única manera de mantenerme despierta después de que la niña se pasase todas las noches con cólicos.

–Cuando me dijiste que tu exmarido se había marchado nada más nacer Emmie, ¿lo decías en sentido literal? –le preguntó él con el ceño fruncido.

–Mark se marchó cuatro días después de que Emmie naciese –le contó Kiley encogiéndose de hombros–. La verdad es que ahora me alegro. Con cuidar de un bebé ya tenía suficiente, no necesitaba tener que lidiar además con un hombre inmaduro y exigente.

–Supongo que tu madre y tu hermana sí que te ayudaron –comentó él.

Kiley asintió.

–Todo lo que pudieron, pero ambas tenían que trabajar. Y Emmie era mi hija.

Él se quedó pensativo.

–Entiendo que te sintieses responsable, pero supongo que no fue sencillo, y que no has podido tener nada de tiempo para ti.

–Si lo que me estás preguntando es si he salido con alguien desde que nació Emmie, la respuesta es no –respondió ella mirando a su hija y sonriendo–. A veces es difícil, pero no me arrepiento. No necesito vida social, tengo a mi hija. Y no hay nada más importante en el mundo.

Él dejó su taza de café encima de la mesa y se acercó más a ella.

–Eres una madre estupenda y Emmie es una niña maravillosa –le dijo antes de abrazarla.

–¿Qué estás haciendo, Josh? –preguntó ella.

–Estoy intentando recordarte que, además de ser una madre maravillosa, también eres una mujer muy atractiva –le respondió él–. ¿Quieres saber lo que pienso?

–Me parece que no –admitió ella, incapaz de ser más asertiva.

En cuanto Josh la tomaba entre sus brazos, perdía todo el sentido común.

Él apoyó la frente en la suya.

–Pienso que tienes que oír eso con más frecuencia –le dijo, besándola en la mejilla–. Y sé que prefieres no pensar en ello, pero eres una mujer apasionada y atractiva.

Ella se estremeció.

–Tienes razón –admitió–. Prefiero no pensar en aquella noche.

–Pero ninguno de los dos la podemos olvidar –continuó él, bajando a besos por el cuello–. Cuando te miro, no puedo pensar en otra cosa. Tal vez hiciéramos el amor por error, pero yo no me arrepiento.

–Yo... pensé... que eras Mark –se defendió Kiley.

–Y yo pensé que eras Lori –dijo él, tomándole las mejillas con ambas manos para hacer que lo mirase a los ojos–, pero eso no significa que lo que ocurrió aquella noche no fuese increíble.

Kiley se perdió en sus ojos azules y supo que tenía razón. Nunca había sentido aquella conexión con otro hombre. Había sido como si sus almas se hubiesen tocado.

–Tú también lo sentiste –afirmó Josh.

Y después, en vez de esperar su respuesta, inclinó la cabeza hacia ella. Y cuando sus labios se tocaron, Kiley sintió que el tiempo se paraba. La atracción que sentía por Josh era irresistible y no podía evitar derretirse por él.

Josh pasó la lengua por sus labios y ella los separó y suspiró suavemente, invitándolo a continuar. Josh Gordon era un experto en besos y Kiley estaba segura de que habría sido capaz de seducir hasta a una estatua de mármol con la boca.

Él le acarició el costado y subió la mano hasta su pecho y Kiley sintió todavía más calor.

–Kiley... cielo, hay algo entre nosotros –le dijo él–. Empezó aquella noche, en casa de tu hermana, y ahora sigue siendo igual de fuerte, o más.

La besó con ternura antes de añadir:

–Solo te pido que lo reconozcas.

–Es cierto que nos sentimos atraídos el uno por el otro –respondió ella, escogiendo cuidadosamente las palabras.

Quería ser sincera, pero no estaba dispuesta a admitir el impacto que Josh tenía en ella.

–Eso es lo que necesitaba oír –respondió él para su sorpresa, soltándola y poniéndose en pie–. ¿Te importa decorar la repisa de la chimenea mientras yo cuelgo las luces en la puerta de la calle?

Ella asintió, aliviada.

–Cuando termine, prepararé la cena.
–Me parece bien –respondió él, dándole un beso.
Kiley abrió la caja que Josh le acababa de dar y empezó a decorar la repisa de la chimenea. Pensó que todo había sido mucho más sencillo cuando había considerado a Josh un rompecorazones y un tipo mezquino del comité de financiación. Casi deseó seguir pensando aquello de él.

El miércoles por la tarde, Josh se quedó inmóvil en el salón, observando el árbol de Navidad que había puesto con Emmie el día anterior. ¿Desde cuándo le parecía aquella casa tan grande y vacía? Llevaba allí más de cinco años y, en todo ese tiempo, nunca se había sentido tan solo.
Por la mañana habían dicho en las noticias que las carreteras estaban limpias y se había restablecido el suministro de electricidad en la zona en la que vivía Kiley, así que habían ido al club para que esta recogiese el coche y después él se había vuelto a casa a trabajar, pero no había esperado sentirse así.
–Te estás volviendo loco, Gordon –murmuró de camino a su despacho.
Le gustaba estar soltero, le gustaba vivir solo. Podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera, y no tenía que preocuparse por nadie. Además, tenía trabajo y no tenía tiempo para nada más.
Una hora más tarde juró entre dientes y apagó el ordenador. No había conseguido concentrarse, solo podía pensar en Kiley y Emmie, preguntarse qué estarían haciendo y si lo estarían echando de menos.
Se levantó del sillón, salió del despacho y de la casa y fue al garaje. Se puso una chaqueta y unos minutos más tarde estaba atravesando Royal en coche.
Cuando por fin llamó a la puerta de Kiley tenía claro cuál era su plan. Le preguntaría si necesitaba algo, luego iría a comprar comida china y se volvería a casa a trabajar.
–Josh, pensé que ya no te vería hasta el lunes –le dijo ella confundida al abrir la puerta–. ¿Ocurre algo?
–No, solo quería asegurarme de que estabais bien –respondió, consciente de que podía haber llamado por teléfono para preguntar.
–Hola –lo saludó Emmie, corriendo a sus brazos.
–Hola –respondió él alzándola–. ¿Qué tal la princesa de los ponis?
Ella lo abrazó por el cuello y empezó a hablar atropelladamente.
Josh miró a Kiley para que le tradujese.
–Emmie piensa que te vas a quedar a cenar y a ver una película –le dijo ella sonriendo–. Quiere que te quedes.
–¿Y qué opina su madre? –le preguntó él, pasándole un dedo por la mejilla–. Iba a pasar por el restaurante chino antes de volver a casa, pero podemos pedir que nos traigan la comida aquí.
–De acuerdo –respondió ella, tomando a la niña de sus brazos–. Le daré un baño a Emmie y le pondré el pijama. Así se podrá quedar dormida mientras vemos una película.
Josh pensó que Kiley se sentía incómoda por la atracción que había entre ambos, y la entendió, pero supo que lo que tenían que hacer si no

querían arrepentirse el resto de su vida era ir más allá.

Dos horas después, Josh sonrió satisfecho mientras esperaba a que Kiley acostase a Emmie. Habían cenado y habían vuelto a ver la película de la sirenita. Si alguien le hubiese dicho una semana antes que iba a ser feliz viendo una película de dibujos animados por segunda vez en esa semana, le habría contestado que estaba loco.

Normalmente, lo que hacía cuando quería divertirse era invitar a una mujer a cenar, llevarla a bailar y después, lo que surgiese.

Se sentó recto de repente al darse cuenta de que no había invitado a Kiley a salir. Llevaban semana y media viéndose con frecuencia, se habían besado varias veces, pero no la había llevado a cenar.

Al verla volver al salón, decidió que tenía que remediar aquello.

–Kiley, ven aquí y siéntate. Tengo que preguntarte una cosa.

–¿El qué? –preguntó ella con cautela.

–Sé que te aviso con poca antelación, pero me gustaría que me acompañaras a la fiesta de Navidad que hay el sábado por la noche en el club.

–¿Eso era lo que querías decirme? –dijo ella, relajándose.

–Sí. ¿Qué pensabas que iba a decirte?

Ella lo miró fijamente, sacudió la cabeza y por fin sonrió.

–No... no sabía.

Él la abrazó y le mordisqueó el labio inferior.

–Me encanta estar con Emmie viendo la televisión, pero preferiría llevar a su madre a cenar y a bailar.

Kiley se estremeció.

–Josh... yo no suelo salir.

–¿Cuánto tiempo hace que no has bailado? –le preguntó él, besándola en el cuello.

–Antes de tener a Emmie –respondió.

–No me digas que no has salido después de haberte divorciado.

–No. Todas mis amigas están casadas y la mayoría tiene hijos. Todas están muy ocupadas. Además, salir es muy caro.

Él la abrazó cariñosamente.

–Tener hijos no significa no poder salir –le dijo, dándole un beso en la frente–. Yo no soy un experto, pero diría que la interacción con otros adultos es necesaria después de pasar todo un día con niños.

–Yo no he dicho que no pase tiempo con amigos –respondió Kiley, poniéndose a la defensiva–. A veces nos reunimos el sábado por la tarde y vamos al centro comercial. Y mañana he quedado a comer con Piper Kindred.

–Eso es estupendo, cielo, pero quiero que salgas conmigo. Quiero que bailemos y que te acuerdes de que eres una mujer bella y atractiva.

–Tendré que encontrar un vestido y buscar a alguien para que se quede con Emmie. Y no sé si los empleados del club podemos asistir a las fiestas.

Josh frunció el ceño.

–Los miembros del club son personas acomodadas, pero eso no significa que seamos esnobs. No creo que a nadie le importe que me acompañes a la fiesta.

–¿Ni siquiera a Beau Hacket ni a Paul Windsor? –le preguntó ella, arqueando una ceja–. Seguro que tienen algo que decir.

–No te preocupes por ellos.

–No sé, Josh. Ha pasado tanto tiempo…

–Dime que sí, Kiley.

–Es probable que no encuentre canguro con tan poco tiempo.

–Llama a tus padres y pregúntales si pueden llevarse a Emmie a dormir a casa.

–¿Por qué?

–Porque vamos a estar hasta tarde en la fiesta, y luego tendríamos que conducir setenta kilómetros hasta Midland y recogerla, y no creo que quieras despertarla a media noche.

Tenía razón. Kiley lo miró fijamente, asintió y se levantó.

–Llamaré desde el despacho.

Mientras ella iba a llamar a sus padres, a Josh se le ocurrió algo más. Decidió que llamaría a Piper Kindred al día siguiente, seguro que esta podía ayudarlo.

–¿Qué te han dicho? –le preguntó a Kiley cuando volvió al salón.

–Están encantados de que vaya a salir –admitió ella–. Mi madre incluso me ha dicho que ya iba siendo hora.

–Me parece que tu madre es una mujer muy sabia –comentó él, agarrando a Kiley y dándole un beso–. Estoy seguro de que solo quiere que seas feliz.

–Ya lo sé, pero es que estoy desentrenada.

–Será la primera vez que salgamos juntos, pero llevamos un par de semanas viéndonos mucho –le dijo él, dándole un beso en la frente–. Y te aseguro que vamos a seguir viéndonos en un futuro.

–Josh, yo tengo que pensar en Emmie –le dijo ella–. Tengo que pensar en lo que es mejor para ella.

Él sabía que Kiley tenía miedo de que la niña se encariñase con él y terminase sufriendo, y que también tenía miedo de sentirse rechazada. Y era comprensible que no quisiese meterse en otra relación, teniendo en cuenta el comportamiento de su exmarido.

Josh se quedó sorprendido con lo que acababa de pensar y tuvo que tomar aire. Él tampoco estaba buscando una relación estable, ¿o sí?

Lo cierto era que no estaba seguro. Solo sabía que no quería que nadie, ni siquiera él mismo, les hiciese daño ni a Emmie ni a ella. Ni tampoco soportaba pensar en que Kiley saliese con otro hombre.

–Cielo, te prometo que jamás os haré daño ni a Emmie ni a ti –le aseguró.

Luego la besó para demostrarle que era sincero. No sabía por qué, pero solo quería hacerla feliz, demostrarle lo especial que era para él y hacerles a ambas la vida más sencilla.

Kiley le apoyó una mano en el pecho y él sintió calor por todo el cuerpo.

Lo que más deseaba en aquellos momentos era desnudarla y desnudarse y hacerle el amor a Kiley allí mismo, en el sofá, pero supo que ella no estaba preparada y no quería presionarla.

–Será mejor que me marche –le dijo, rompiendo el beso.

La miró y vio tanto deseo en sus luminosos ojos marrones que estuvo a punto de perder el control.

–Llámame si necesitáis algo –le dijo, poniéndose en pie y dándole la mano para que Kiley se levantase también–. Me pasaré por la guardería a verte el viernes por la tarde.

Capítulo Siete

Al día siguiente, cuando Kiley aparcó delante de la cafetería para comer con Piper, se dio cuenta de que llegaba tarde.

–Estoy aquí –la llamó su amiga al verla entrar.

Ella sonrió a Piper, que trabajaba como auxiliar de enfermería del hospital de Royal y había sido la encargada de asegurarse de que en la guardería había todo lo necesario en caso de que hubiese una emergencia.

–Siento llegar tarde –se disculpó Kiley, sentándose en frente de ella–. He tenido que esperar a que llegase una voluntaria para poder salir.

–No te preocupes.

–Bueno, ¿qué pasa? Cuando me llamaste el otro día me dejaste preocupada.

–Necesito tu ayuda –le dijo Piper, como si pareciese un tanto incómoda–. Necesito un vestido para la fiesta de Navidad y ya sabes que estoy acostumbrada a ir siempre con vaqueros y una camisa de franela. Tenía la esperanza de que pudieses acompañarme a comprar un vestido esta tarde.

–Por supuesto –le dijo Kiley–. De hecho, yo también voy a necesitar un vestido. Josh Gordon me ha pedido que vaya a la fiesta con él.

Piper sonrió.

–Ya me parecía a mí que tenía que haber algo entre vosotros.

–La verdad es que al principio tenía mis dudas, pero me he dado cuenta de que no es tan mal tipo –admitió Kiley.

–Josh es muy agradable –comentó Piper–. De hecho, casi todos los miembros del club son buenas personas.

Mientras seguían charlando de la fiesta, Kiley se fijó en una mujer morena que estaba sentada en la mesa de al lado. Había terminado de comer y parecía muy interesada por su conversación. Tanto, que no se levantó hasta que no empezaron a hablar de adónde iban a ir de compras.

–¿Te has fijado en que esa mujer nos estaba escuchando? –comentó Piper.

Kiley asintió.

–No sé quién será.

–Yo tampoco, pero voy a averiguarlo ahora mismo –le dijo Piper, llamando a Amanda Battle, la dueña de la cafetería, que se acercó a ellas.

–¿En qué puedo ayudaros? –preguntó Amanda sonriendo.

–¿Quién era la mujer que estaba sentada a nuestro lado? –le preguntó Piper, yendo directa al grano.

Amanda miró hacia la puerta de la cafetería.

–Britt Collins, la detective que se ocupa de la investigación de Alex Santiago.

–Por eso parecía tan interesada por nuestra conversación acerca del club –dijo Kiley.

De repente, vio entrar a un hombre alto y moreno y dejó la servilleta encima de la mesa. No había conseguido hablar con su marido el día anterior, y este tampoco le había devuelto la llamada.

–Si me perdonáis un momento, necesito hablar con alguien –dijo.

Se acercó hasta la mesa en la que se había sentado y este la miró poco alegre de verla.

–¿Qué quieres? Pensé que si no te devolvía la llamada te darías cuenta de que no quería hablar contigo.

–Yo tampoco tengo ningunas ganas de hablar contigo, pero necesitaba preguntarte cuál es tu grupo sanguíneo.

–¿Para qué? –inquirió él.

–Lo necesito para el historial médico de Emmie –se le ocurrió decir a Kiley.

–¿Nada más?

–Nada más.

Mark le dijo cuál era su grupo sanguíneo y ella le dio las gracias y se marchó.

Ya sabía que aquel hombre no era el padre de Emmie y lo que le quedaba por hacer era encontrar el momento adecuado para contarle a Josh Gordon que la princesa de los ponis era su hija.

Josh atravesó Royal a toda velocidad. Kiley lo había llamado y, aunque no le había contado qué le pasaba, él se había dado cuenta de que era urgente.

Cuando por fin llegó a su casa, apagó el motor y salió del coche corriendo. No se molestó en llamar antes de entrar, y se quedó inmóvil al ver a Kiley sentado en el sillón que había junto al sofá, fulminándolo con la mirada.

–¿Estáis bien?

–Nosotras estamos bien –respondió ella–, tú, no.

Josh se sintió aliviado. Kiley estaba disgustada, pero tanto Emmie como ella estaban bien.

–¿Qué ocurre?

–Sabes muy bien lo que ocurre. ¿Cómo te has atrevido?

–¿Cómo me he atrevido a qué? –preguntó él, fingiendo no saber de qué estaba hablando, aunque lo sabía.

–Has utilizado mi amistad con Piper para llevarme a la tienda en la que ya habías dicho que ibas a pagarme tú un vestido.

Encima del sofá había una bolsa de una de las tiendas de ropa más caras de Royal. Él había imaginado que a Kiley no le gustaría lo que había hecho, pero no había pensado que se enfadaría tanto.

Cerró la puerta muy despacio y miró a su alrededor.

–¿Emmie ya está en la cama?

–Sí. ¿Por qué?

–Me alegro, porque no quiero que nos oiga discutir. Se podría disgustar.

–No vamos a discutir –le dijo Kiley–. Vas a tomar tu vestido y te vas a ir.

–Lo siento, cielo, pero te lo vas a tener que quedar –le dijo él sonriendo–. No es de mi talla.

Ella entrecerró los ojos y le subió el color de las mejillas. Era evidente que estaba furiosa.

–Tú lo has comprado, así que es tuyo. Llévatelo.

–Mira, cielo...

–No me vuelvas a llamar cielo, Josh Gordon –replicó ella, poniéndose en pie–. Te voy a dejar clara una cosa: no necesito tu caridad, me puedo mantener sola.

Él contuvo una sonrisa, pero pensó que se ponía muy guapa cuando se enfadaba.

Entiendo que quieras ser independiente, y lo respeto, Kiley –le dijo, alargando las manos hacia ella y abrazándola. Ella intentó zafarse, pero Josh la apretó contra su pecho–, pero también sé que no tenías pensado comprarte un vestido nuevo.

Le puso un dedo en la barbilla y la obligó a mirarlo.

–Te pedí que vinieras conmigo a la fiesta para que te lo pasases bien, no para arruinarte el presupuesto.

–Podía haberlo pagado –insistió Kiley.

–Lo sé, pero quiero que entiendas que solo quería que te relajases y disfrutases. No quería que te preocupases por el vestido.

Antes de que a Kiley le diese tiempo a volver a hablar, él la besó en los labios hasta que consiguió que se relajase.

Luego le metió la mano por debajo de la camiseta, le desabrochó el sujetador y le acarició suavemente un pecho. Ella gimió y el cuerpo de Josh reaccionó al instante. Se apretó contra ella para que supiese cómo se sentía.

Y después rompió el beso y la miró a los ojos.

–Todavía estoy enfadada contigo –le advirtió ella.

–Lo sé, cielo –le dijo Josh, sacando la mano de debajo de la camiseta–, pero créeme cuando te digo que no era mi intención disgustarte. Solo quería ponerte las cosas más fáciles.

Volvió a besarla hasta que ambos se quedaron sin aliento.

–Ahora, voy a volver a casa, porque si no lo hago te voy a llevar a la cama y voy a pasar el resto de la noche haciéndote el amor.

Ella se mordió el labio inferior un instante y luego le dijo:

–Josh, tenemos que hablar.

–¿Es algo que pueda esperar? –preguntó él.

–Supongo que sí.

–Bien, porque ahora tengo que marcharme a casa. Me voy a dar una ducha fría y a meterme en la cama.

Kiley lo vio salir por la puerta y volvió a morderse el labio. Había querido contarle que Emmie era su hija, pero no lo había hecho. No sabía si había guardado silencio porque era una cobarde o solo por cautela.

Era evidente que no sabía cómo empezar aquella conversación, ni tampoco quería ver cuál era la reacción de Josh. Iba a quedarse muy sorprendido. Y también existía la posibilidad de que pensase que ella

estaba intentando utilizar a su hija para influirlo en su decisión acerca de la financiación de la guardería. Josh sabía lo importante que era el trabajo para ella y lo mucho que significaba poder estar con Emmie al mismo tiempo.

Por desgracia, cuanto más tiempo esperase, más posibilidades había de que Josh se diese cuenta de que la niña se parecía a él.

Kiley respiró hondo, tomó el bolso y el vestido nuevo y fue a colgarlo en el armario. El comité de financiación se reuniría a la semana siguiente y lo mejor sería esperar hasta entonces para hablar con Josh.

Entonces le haría escuchar lo que tenía que decirle, quisiera o no.

El sábado por la noche, Kiley abrió la puerta de su casa y se quedó sin respiración al ver a Josh, impresionante, vestido con un esmoquin negro. Aunque lo que hizo que se le acelerase el corazón fue la forma en que él la miraba, apreciándola.

–Estás preciosa –le dijo, dando un paso al frente y tomándola entre sus brazos para darle un beso–. Voy a ser la envidia de todos los hombres de la fiesta.

–Yo estaba pensando algo parecido –admitió ella sonriendo.

No se habían visto desde que habían discutido por el vestido, ya que Josh había tenido mucho trabajo, pero sí habían mantenido el contacto. El día anterior, él le había mandado unas flores a la guardería y la había llamado por la noche para preguntarle qué tal le había ido el día y si Emmie estaba bien.

–¿La princesa se ha quedado contenta en casa de tus padres? –le preguntó.

Kiley asintió y tomó su bolso.

–No sé quién estaba más emocionado, si Emmie o mis padres. Los tiene comiendo en la palma de la mano.

Josh se echó a reír.

–Lo consigue con todo el mundo. Es una niña adorable.

–Gracias –respondió Kiley.

Deseó que la decisión de esperar para contarle que Emmie era su hija fuese la correcta y se sobresaltó cuando Josh le dio un beso en la frente.

–No sé que tienes en la cabeza, pero esta noche está prohibido fruncir el ceño. Solo puedes sonreír.

De camino al club, Kiley pensó que Josh tenía razón. Aquella noche no era el mejor momento para hablar con él. Cuando lo hiciesen, tendría que ser a solas, y con tiempo suficiente para dejar las cosas claras.

Josh detuvo el coche delante de la entrada del club, le dio las llaves al portero y salió para ir a abrirle la puerta a Kiley.

–Qué bonito está todo –comentó ella al salir.

La entrada estaba adornada con luces blancas y enormes lazos de terciopelo rojo, y el ambiente era mágico.

–¿Es la primera vez que vienes a una de estas fiestas?

–Sí. Me mudé a Royal cuando terminé la universidad y Mark no era socio del club –le respondió ella.

–Pues ya verás el salón –comentó Josh sonriendo–. El club no repara en gastos para celebrar el que es el acontecimiento del año.

La entrada estaba adornada con maravillosas poinsetias blancas y rojas y encima de todas las puertas había grandes lazos.

–Qué bonito –comentó Kiley–. ¿Cuánto tiempo van a dejarlo así?

–Quitan todos los adornos el día después de Año Nuevo –le contó Josh mientras se acercaban al gran salón de baile.

–Me alegro de que vaya a estar así el día de la actuación de Navidad de los niños –dijo ella–. Hará que el ambiente sea mucho más festivo.

Él sonrió.

–¿Qué día es la actuación?

–El próximo martes.

–Te prometo que intentaré estar libre.

–¿Para comprobar en qué empleamos los nuevos fondos? –le preguntó Kiley.

–No, para ver actuar a Emmie y ver cómo dirige el acto su bellísima madre.

Le habló en voz baja, íntima, y a Kiley le temblaron las rodillas y sintió un delicioso cosquilleo en el estómago, pero lo que le cortó la respiración fue ver que los ojos le brillaban con deseo al mirarla.

Para distraerse de la repentina tensión que se le había instalado en todo su cuerpo, señaló hacia una pareja que había junto a las puertas del salón.

–Allí están Piper y su prometido, Ryan Grant –dijo, acercándose a ellos y abrazando a su amiga–. Estás preciosa, Piper. El vestido va estupendamente con tu melena pelirroja.

–Gracias –respondió esta sonriendo–. Lo mismo estaba pensando yo de ti. Ese vestido negro estaba hecho para ti, ya te lo dije el otro día.

Mientras Josh y Ryan hablaban de la nueva tienda que Gordon Construction estaba construyendo, Kiley preguntó a su amiga:

–¿Te sientes más segura?

Piper sonrió.

–La verdad es que me sigo sintiendo extraña con este vestido, pero ha merecido la pena solo por la cara que ha puesto Ryan al verme con él puesto.

Kiley comprendió a su amiga. A ella también le había gustado cómo la había mirado Josh.

Mientras seguían charlando, Kiley estudió la decoración del salón. Sobre los manteles blancos que vestían las mesas había centros de velas verdes, doradas y plateadas, pero lo más impresionante era un enorme árbol de Navidad situado en un rincón. Además del gran tamaño, tenía una forma perfecta y estaba iluminado con miles de lucecitas azules. Un gigantesco lazo plateado lo coronaba y las ramas estaban engalanadas con anchos lazos. El efecto era asombroso.

Durante la cena, Kiley disfrutó de la conversación que transcurría en su mesa. Estaban sentados con Piper y Ryan; Alex Santiago y su prometida, Cara Windsor; y el gemelo de Josh, Sam, y su esposa Lila. Los hermanos contaron varias historias divertidas acerca de cómo se habían intercambiado los papeles en distintas situaciones y de las bromas que

habían gastado a sus amigos. Y Ryan también participó con algunas anécdotas de sus días en los rodeos. Alex estuvo bastante callado toda la noche, pero era comprensible; todavía sufría amnesia y no se acordaba de nada del pasado, pero pareció disfrutar escuchando a sus amigos.

Piper, que estaba sentada al lado de Kiley, se acercó y le preguntó en voz baja:

–¿Te estás divirtiendo?

–Por supuesto –respondió ella–. Adoro a mi hija, pero no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos tener vida social. ¿Y tú? ¿Todavía te sientes incómoda?

Piper se echó a reír.

–Nunca he sido muy femenina, pero me he dado cuenta de que arreglarme y fingir que lo soy no está tan mal.

Ryan le dijo algo a Piper y Alex Santiago miró a Kiley sonriendo desde el otro lado de la mesa.

–He oído que estás haciendo cosas fantásticas en la guardería.

–No sé si es fantástico o no, pero a mí me encanta –comentó ella–. La semana que viene es la función de Navidad, sois bienvenidos si os apetece pasar.

–Encantado –contestó Alex, pensativo.

–Nosotros también vamos a necesitar los servicios de la guardería de aquí a un par de años para nuestros gemelos –comentó Sam.

–Sí, aunque todavía no sé si voy a volver a trabajar, voy a necesitar un respiro –añadió Lila riendo–. Sobre todo, si los niños se parecen a Sam.

Cuando la banda de música empezó a tocar, Kiley y Josh se quedaron sentados, escuchándola en silencio durante un rato, hasta que empezó a sonar una canción lenta y Josh sonrió y se puso en pie.

–¿Quieres bailar, cielo?

–Hace tanto tiempo que no bailo que es probable que se me haya olvidado –respondió ella riendo y dándole la mano.

–Es como montar en bicicleta –le aseguró él, guiándola hacia la pista de baile–. Cuando aprendes, ya nunca se olvida.

La tomó entre sus brazos, le apoyó la mano en la espalda y a Kiley le dio un vuelco el corazón. El calor de la mano de Josh en su espalda desnuda era embriagador e hizo que lo desease más de lo que pensaba que era posible.

–Esto habrá que repetirlo –le susurró él al oído–. Aunque últimamente he descubierto que también se está muy bien en casa los sábados por la noche.

Su aliento le acarició la oreja y Kiley pensó que hacía demasiado tiempo que no bailaba con un hombre y que lo había echado de menos. Se preguntó brevemente si habría alguien observándolos, pero entonces lo miró a los ojos y todo lo que había a su alrededor se desvaneció.

–¿De verdad te gusta cenar viendo los dibujos animados? –le preguntó para intentar distraerse del calor que le estaba invadiendo el cuerpo.

Josh se encogió de hombros y sonrió.

–Ver la televisión con la princesa es muy divertido, pero lo más interesante viene cuando se va a la cama y yo puedo besar a su madre.

Kiley notó su erección en el estómago y le temblaron las piernas.

–Josh...

–No te voy a mentir, Kiley –la interrumpió él, poniéndose serio–. Te deseo y me encantaría poder llevarte a casa, quitarte el vestido y hacerte el amor, pero eso no va a ocurrir hasta que tú no quieras.

Ella lo miró a los ojos y se le aceleró el corazón. Antes de dar aquel paso tan importante, tenía que contarle que era el padre de Emmie.

–Josh, yo también te deseo, pero...

Él se apretó todavía más contra su cuerpo.

–No hay peros que valgan. ¿Me deseas, Kiley?

–Sí, pero antes tenemos que hablar de algo –le dijo ella con poca convicción.

–Hablaremos de todo lo que tú quieras después –respondió él, sacándola de la pista de baile.

Pararon en la mesa en la que habían cenado para recoger el bolso de Kiley y se encontraron con Sam de camino a la puerta.

–Eh, ¿adónde vais? La noche todavía es joven –les dijo este.

–Cállate –le respondió Josh a su gemelo.

Sin inmutarse, Sam miró a Kiley.

–Encantado de conocerte, Kiley. Si el tonto de mi hermano te da algún problema, avísame.

Ella sonrió y asintió.

–Yo también me alegro de haberos conocido.

–Pásalo bien con Lila –añadió Josh, tirando de Kiley y echando a andar hacia la salida–. Nos veremos el lunes en el trabajo.

Por suerte, el resto de parejas estaba en la pista de baile y no tuvieron que darles ninguna explicación.

Mientras esperaban bajo las luces blancas a que el portero acercase el Mercedes de Josh, Kiley se sintió obligada a hablar de Emmie.

–Josh, tengo que contarte algo importante...

Él la hizo callar con un beso y sonrió.

–Te prometo que lo hablaremos mañana, pero esta noche es toda nuestra, Kiley.

Ella se subió al coche con el corazón acelerado. No podía negar que la química que había entre ambos era explosiva, pero ella no sabía si estaba preparada para dar el siguiente paso con Josh. Todavía no había conseguido decirle que era el padre de Emmie.

–¿No vamos a mi casa? –preguntó al ver que iban en dirección al rancho.

Josh la miró con deseo.

–Has dormido en mi cama sin mí –le dijo en tono íntimo–, pero esta noche no va a ser así. Esta noche voy a hacerte el amor como es debido. Y no voy a permitir que nada ni nadie nos interrumpa.

La promesa en sus palabras y el gesto de su atractivo rostro hizo que Kiley se estremeciese de deseo y, al llegar al rancho, supo que no tenía elección. Necesitaba sentir una vez más lo que había sentido cuando Josh le había hecho el amor, necesitaba sentirse querida.

Capítulo Ocho

Al llegar a su casa, Josh la condujo directamente a su habitación, cerró la puerta y encendió la luz de la mesita de noche. Le quitó el chal y el bolso, los dejó encima de la cómoda y después volvió a su lado para abrazarla. Inclinó la cabeza para besarla y en ese momento se disipó cualquier duda que Kiley hubiese tenido.

Ningún otro hombre la había besado así ni había despertado en ella el deseo que le despertaba Josh. Y, lo que era más, estaba segura de que ningún otro hombre lo haría.

Él le acarició los costados y fue mordisqueándole el cuello hasta llegar a la garganta.

–Cielo, ¿sabes en qué he estado pensando desde que me has abierto la puerta esta noche y te he visto con este vestido?

–No, no lo sé –admitió ella.

–Pues solo he podido pensar en cómo quitártelo –susurró Josh, besándola en el escote y en el valle de los pechos–. He pensado que iba a volverme loco mientras bailábamos.

–¿Por qué?

–Cuando he apoyado la mano en tu espalda desnuda, no podido evitar imaginar cómo sería acariciar el resto de tu piel.

Era tal la pasión de su voz que a Kiley le temblaron las rodillas y tuvo que apoyarse en su pecho para guardar el equilibrio.

–Yo también quiero acariciarte.

Él la miró con deseo y se separó un poco para quitarse la chaqueta y sacarse la camisa de los pantalones. Clavó los ojos en los de ella y ambos guardaron silencio mientras se la desabrochaba y se la quitaba.

A Kiley le temblaron los dedos cuando acarició por fin sus pectorales y los firmes músculos de su abdomen. La suave capa de vello que le cubría el pecho le recordó los maravillosos contrastes que había entre un hombre y una mujer.

Notó que se estremecía bajo sus manos y sonrió.

–Tienes un cuerpo perfecto, Josh.

Él le apartó el vestido del hombro y le dio un beso allí.

–Me encanta que lo explores, cielo, pero yo también quiero tocarte.

Le bajó los tirantes y el vestido cayó a sus pies. Cuando Josh se dio cuenta de que no llevaba sujetador, tuvo que respirar hondo.

–Eres preciosa.

Tomó sus pechos con ambas manos, los besó y los acarició y después se metió uno de ellos en la boca y lo acarició suavemente con la lengua.

Kiley pensó que iba a desmayarse.

–Josh...

–¿Te gusta?
Incapaz de articular palabra, ella se limitó a asentir.
–¿Quieres que te quite el resto de la ropa?
–Sí.
Solo le quedaban las braguitas y los tacones. Se quitó el vestido por los pies y se apoyó en los hombros de Josh para que este le quitase los zapatos de terciopelo negro. Después él se quitó también el calzado, los pantalones y la ropa interior. Completamente desnudo, volvió a mirar a Kiley, que se había quedado sin respiración.
El cuerpo de Josh era perfecto. Tenía los hombros anchos, los músculos bien definidos y el torso plano, pero al seguir bajando por su cuerpo con la mirada, Kiley se dio cuenta de que, además de perfecto, era impresionante.
Estaba completamente excitado y la miraba como si fuese el ser más bella de la Tierra.
–Quiero sentirte –le dijo, metiéndole los dedos por el borde de sus braguitas.
Se las quitó y después la tomó de nuevo entre sus brazos. Kiley se derritió al notar todo su cuerpo contra el de ella.
–Creo que será mejor que nos metamos en la cama ahora que todavía podemos –comentó Josh sonriendo.
Mientras Kiley apartaba la ropa de cama, él buscó protección en el cajón de la mesita de noche y la metió debajo de la almohada.
–Voy a intentar ir despacio, cariño –le dijo, dándole un beso tan tierno que a Kiley se le llenaron los ojos de lágrimas–, pero hace tanto tiempo que quiero volver a tenerte, que no sé si va ser posible.
–Un par de semanas no es tanto tiempo –le dijo ella.
–Me refería al tiempo que ha pasado desde que hicimos el amor la primera vez. Han pasado tres años y no he podido olvidarlo. Si hubiese sabido tu nombre, habría intentado buscarte, pero no podía preguntarle a tu hermana, sobre todo, porque fue a partir de aquella noche cuando empecé a distanciarme de ella.
Sus apasionadas palabras le crearon un enorme anhelo a Kiley; también lo había deseado desde aquella noche. Antes de que le diese tiempo a decírselo, Josh empezó a acariciarla entre los muslos y ella dejó de pensar y se apretó contra su mano.
Quería tocarlo de ese mismo modo también, así que le bajó la mano por el pecho, por el vientre y más allá. Y se le aceleró el corazón al llegar a la erección.
–Kiley… no sabes cómo me gustaría… que me acariciases así… toda la noche.
Entonces le agarró la mano y casi sin aliento añadió:
–Pero te deseo tanto… que no voy a aguantar…
Ella lo miró a los ojos y supo que no podían esperar más.
–Hazme el amor, por favor, Josh.
Él metió la mano debajo de la almohada, se puso el preservativo y la besó apasionadamente. Antes de que a Kiley le diese tiempo a recuperarse del beso, él le separó los muslos y se colocó entre ellos.

–Demuéstrame cuánto me deseas, Kiley –le pidió, tomando su mano y llevándola hasta su sexo.

Ella lo guio dentro de su cuerpo y empezó a mover suavemente las caderas. Josh no dejó de mirarla a los ojos en ningún momento, y ella supo que nunca, en toda su vida, se había sentido tan completa como en ese momento.

–Me siento bien dentro de ti –le susurró Josh.

Antes de que a Kiley le diese tiempo a responder, él empezó a moverse y le hizo sentir cosas maravillosas. Lo abrazó con fuerza por los hombros y notó cómo iba creciendo la tensión en su interior. Y Josh aceleró los movimientos.

De repente, la tensión se rompió y Kiley se sintió inundada por una deliciosa sensación de placer. Él la golpeó con las caderas por última vez y, gimiendo su nombre, se dejó llevar también por el placer. Mientras volvían poco a poco a la normalidad, Kiley pensó que había sido como si sus almas se hubiesen unido para formar una y que, si no se había enamorado ya, estaba muy cerca de hacerlo.

–Eres increíble –le dijo dándole otro beso.

–Ha sido… impresionante –murmuró ella, todavía sorprendida con su repentina realización.

–¿Estás bien? –le preguntó Josh, tumbándose a su lado y abrazándola.

Ella decidió que ya tendría tiempo de analizar sus sentimientos más tarde y le dio un beso en la barbilla.

–No estoy bien, estoy estupendamente.

Este sonrió con malicia.

–Me alegro, porque voy a pasar el resto de la noche recordándote lo bien que estamos juntos.

Y así fue.

El siguiente lunes por la tarde, Kiley recogió papel de regalo y una tarjeta de felicitación.

–Carrie, ¿puedes ocuparte de los niños con Lea hasta que yo vuelva? Necesito ir a administración a imprimir los programas de la actuación de mañana.

–Por supuesto –le respondió su asistente–. Los niños todavía van a dormir la siesta media hora más y después les leeremos un cuento si todavía no has vuelto.

Kiley fue hacia la puerta.

–Supongo que no tardaré tanto –dijo antes de marcharse.

Mientras andaba por el pasillo, no pudo evitar pensar en la noche que había pasado con Josh. Jamás, en sus veintiocho años de vida, había sentido semejante pasión ni se había sentido más querida, pero, por maravillosa que hubiese sido aquella noche, por la mañana ella se había acordado de que tenían un tema por zanjar.

Suspiró. Josh le había hecho olvidar que el comité de financiación se iba a reunir a finales de semana y que ella todavía no sabía si le iban a conceder los fondos que había solicitado o no. Y luego tenía que encontrar

la manera de contarle que era el padre de Emmie.

Se preguntó cómo reaccionaría cuando se lo contase. Era evidente que sentía devoción por Emmie y ella estaba casi segura de que iba a aceptarla y a quererla, pero tenía miedo de que pensase que había querido utilizar aquello para que influyese en la decisión del comité. Incluso podía pensar que ella había querido que hiciesen el amor con ese mismo objetivo.

No pensaba que Josh pudiese creer que lo había querido utilizar para conservar su trabajo. Como por acuerdo tácito, habían decidido no hablar del futuro de la guardería cuando estaban fuera del club, pero Kiley no estaba segura de que Josh fuese a tomarse la noticia de la paternidad de Emmie así de bien. Por eso había tomado la decisión de no contárselo hasta después de la reunión del comité de financiación. Así, Josh no podría cuestionar sus motivos. Además, un par de días más o menos daba igual. Josh era el padre biológico de Emmie y no había nada que pudiese cambiar eso.

Perdida en sus pensamientos, no se fijó en el grupo de adolescentes que había en una de los salones por los que acababa de pasar. Hasta que oyó su nombre.

–Te aseguro que es solo cuestión de tiempo que la tal Roberts y su guardería sean historia –comentó uno de los chicos.

Kiley dejó de andar y se puso junto a la puerta abierta para escuchar lo que decían.

–¿Por qué dices que la guardería va a cerrar, Hack? –preguntó otro chico–. Yo he oído que va muy bien.

–Bueno, cuando la destrozaron mi viejo dijo que quien lo hubiese hecho le había hecho un gran favor al club. Y también dijo que tenía la suficiente influencia en el comité de financiación como para conseguir que la guardería se quedase sin dinero a partir de la primavera. Hasta dijo que le daría las gracias a la persona que había entrado a destrozarlo todo –explicó Hack–. Y yo le dije que me daría por satisfecho con que me comprase un coche nuevo.

–No me creo que fueses tú el que entró en la guardería –dijo otro chico–. Tu padre jamás permitiría que hicieses algo así en el club.

–¿Por qué dices eso? –preguntó otro.

–Sé cómo ganarme a mi viejo. Pensó que estaba de broma –dijo Hack riendo–. Yo quería que estuviese de buen humor para así poder pedirle otro coche.

–Es decir, que los dos conseguisteis lo que queríais.

Kiley había oído suficiente. Si lo que acababa de escuchar era cierto, el hijo de Beau Hacket era el responsable de los daños causados a la guardería. En cualquier caso, habría que investigarlo.

Así que se olvidó del programa de la actuación navideña y decidió hablar con Josh. Este se había pasado a verla un rato antes y le había contado que iba a comer con Gil Addison, por lo que Kiley esperaba que todavía estuviesen en el restaurante del club.

–¿Dígame? –respondió él al teléfono.

–Sé quién entró en la guardería –anunció Kiley en voz baja.

–¿Kiley?

–Sí. Acabo de oír a alguien jactándose de ello –le contó, decidiendo no decir el nombre del culpable en voz alta para que los chicos no supiesen que había oído la conversación.

–¿Dónde estás?

–En la cabina de teléfono que hay en el pasillo central –respondió–. Date prisa. Hay un grupo de adolescentes en la sala que hay junto al gran salón de baile.

–Ahora mismo voy con Gil.

Unos minutos más tarde aparecieron Josh y Gil corriendo por el pasillo.

–Fue el hijo de Beau Hacket –les contó ella en un susurro.

–¿Estás segura? –preguntó Josh.

Kiley asintió.

–Los otros chicos lo han llamado Hack y él ha dicho que su padre está en el comité de financiación.

–La verdad es que no me sorprende –admitió Gil sacudiendo la cabeza–. Ese chico se pasa de listo.

Josh asintió.

–Y Beau no quiere darse cuenta. Nunca hace que se enfrente a las consecuencias de sus actos.

–En esta ocasión, Beau no va a tener elección –añadió Gil, señalando a los dos policías vestidos de paisano que acababan de entrar en el club.

–Hemos llamado a la policía directamente –le explicó Josh a Kiley.

Esta le contó a la policía todo lo que había oído.

–No se han dado cuenta de que les estaba escuchando –terminó.

–¿Conocen a los padres de esos chicos? –preguntó un policía–. Habrá que avisarlos.

–Por lo que han dicho, fue Hacket solo –le dijo Kiley, esperando no perjudicar a ningún otro chico que fuese inocente.

–Necesitamos que los padres de todos estén presentes antes de interrogarlos –le explicó el otro policía.

–En el club no pueden entrar menores de edad si no van acompañados por un adulto, así que estoy seguro de que sus padres andan por aquí –dijo Gil, mirando dentro del salón en el que estaban los chicos y dirigiéndose después al teléfono–. Los localizaré.

Los policías entraron en el salón y avisaron a los chicos de que, en cuanto llegasen sus padres, les harían algunas preguntas.

Josh le puso un brazo alrededor de los hombros a Kiley y se la llevó hacia una zona en la que había sofás.

–¿Estás bien, cielo?

–Sí. Me alegro de haber averiguado quién entró en la guardería y por qué, aunque me haya resultado desconcertarte oír cómo lo admitía.

–No puedo creer que lo hiciese para que su padre le comprase otro coche –admitió Josh–. Ese muchacho necesita una bofetada.

–¿Cómo piensas que reaccionará Beau cuando se entere de que fue su hijo? –le preguntó Kiley, mirándose el reloj.

–Conociéndolo, no se lo va a tomar bien. Ahí está.

Kiley levantó la vista y vio llegar a Beau Hacket por el pasillo.

–¿Qué demonios pasa? –inquirió con el ceño fruncido.

–Ya sabemos quién hay detrás del acto vandálico contra la guardería –le informó Josh.

–¿Quién? –preguntó Josh, mirando dentro del salón en el que estaban los chicos y palideciendo–. Supongo que será una broma.

La policía interrogó a los chicos y los dejó marchar a todos menos a Hack.

–¿A quién vas a creer, papá? ¿A ellos o a mí? –preguntó este, mirando a su padre de manera desafiante.

–A mí no me mientas, hijo –respondió Beau con firmeza–. Sabes que no puedo tolerar que infrinjas la ley.

–Yo no he hecho nada –mintió el chico.

–Tenemos parte de una huella dactilar –comentó el policía más joven–. Te llevaremos a comisaría para tomar las tuyas y así saber si eres inocente o culpable.

–¿Voy a ir a la cárcel? –preguntó Hack alarmado–. Me vas a sacar de esta, ¿verdad, papá? Lo hice por ti.

–No sé si voy a poder, hijo –dijo Beau–. ¿Hay alguna manera de solucionar esto sin que mi hijo tenga antecedentes penales.

–Depende de que el club quiera presentar cargos o no –le informó el policía de más edad–, pero lo que vamos a hacer es leerle sus derechos y llevárnoslo a comisaría para seguir interrogándolo. Yo en su lugar llamaría a un abogado, señor Hacket. Su hijo se enfrenta a cargos de vandalismo y a cualquier otra cosa que se le pueda achacar. Y no hace falta que le diga que no es la primera vez que se mete en líos.

Beau parecía abatido cuando se giró hacia Josh y Gil.

–¿Qué pensáis vosotros? ¿Podríais dejarlo pasar si pago todos los desperfectos? –preguntó esperanzado–. Os doy mi palabra de que haré todo lo que sea necesario para arreglar esto.

–No depende de nosotros –respondió Gil sacudiendo la cabeza–. Tendrá que votarlo la junta directiva.

–Mientras tomáis una decisión, nosotros nos llevaremos al chico a la comisaría –dijo el policía más joven, poniéndole las esposas a Hack–. Tienes derecho a guardar silencio...

La policía se llevó a Hack hacia la salida mientras seguía leyéndole sus derechos.

–¿Podemos convocar una junta extraordinaria, Gil? –preguntó Beau, sacando el teléfono móvil para llamar rápidamente a su abogado.

Luego se volvió hacia Josh y Gil.

–No sabéis lo importante que sería para Hack evitar los antecedentes penales.

–Antes de nada, me gustaría hacerte una pregunta, Beau –dijo Josh, cruzándose de brazos–. ¿Qué vas a hacer con tu hijo? No tiene respeto a nada ni a nadie. Va a llegar el día que no puedas sacarlo del apuro.

Gil asintió.

–Estoy de acuerdo con Josh, Beau. Voy a convocar una junta extraordinaria para esta misma tarde, pero si quieres nuestro apoyo nos tienes que asegurar que esto no volverá a ocurrir.

Sorprendentemente, en vez de enfadarse, Beau asintió.

–Os doy mi palabra de que el chico no se meterá en más problemas. Ya lo he amenazado con meterlo en una escuela militar.

–Ve a comisaría con tu hijo y ya te comunicaremos la decisión de la junta –le dijo Gil.

–Yo quiero algo más –añadió Josh cuando Beau ya iba a marcharse.

–¿El qué? –preguntó este, como si estuviese dispuesto a cualquier cosa.

–Además de destrozar la guardería, tu hijo hizo una pintada en la que insultaba a la señorita Roberts –dijo Josh–. Pienso que debería disculparse. Y hacerlo de manera sincera.

Beau asintió.

–No sabe lo mucho que lo siento, señorita Roberts, créame, jamás quise que mi rechazo a la creación de una guardería en el club tuviese estas consecuencias. Le doy mi palabra de que encontraré la manera de arreglarlo.

–Disculpas aceptadas –dijo Kiley satisfecha.

Beau asintió y después se giró hacia Gil y Josh.

–Estaré en la comisaría. ¿Me podéis llamar en cuanto la junta tome una decisión?

Gil asintió.

–Por supuesto.

Mientras Beau se marchaba a paso acelerado, Josh se giró hacia Gil.

–Convoca la reunión, yo acompañaré a Kiley de vuelta a la guardería –le dijo, poniéndole un brazo alrededor de la cintura a esta.

–¿Tú estarás en la reunión? –le preguntó Gil.

Josh no estaba en la junta directiva, pero salvo que se tratase de una sesión cerrada, cualquier miembro del club podía asistir.

–Supongo que puedo ir y animar a Beau a que mande a Hack a una escuela militar –dijo Josh asintiendo–. Pienso que al chico le vendría bien la disciplina de este tipo de escuela.

–En cualquier caso, no le haría ningún daño –añadió Gil–. Y dado que su padre es uno de los nuestros, podemos hacer justicia desde aquí, sin que el chico tenga antecedentes penales.

Luego sonrió a Kiley.

–Te veré cuando vaya a recoger a Cade.

–¿Piensas que podréis convencer a la junta de lo que Gil y tú tenéis en mente? –preguntó Kiley a Josh de camino a la guardería.

Este asintió.

–Todos los miembros del Club de Ganaderos de Texas juran respetar su lema: «Liderazgo, justicia y paz». Y otras veces se ha hecho justicia desde dentro. Así que pienso que este asunto también podemos resolverlo solos.

–Hack aprenderá una lección sin tener antecedentes penales y el club no se verá envuelto en otro escándalo –comentó Kiley.

–Eso es. El chico tiene diecisiete años y podría ser juzgado como un adulto. Así podrá pagar lo que ha hecho sin el estigma de haber tenido problemas con la justicia.

Al llegar junto a la puerta de la guardería, Josh la abrazó.

–Gracias por tu ayuda.

–No he hecho más que escuchar una conversación, aunque ahora que se

ha resuelto el misterio, me alegro de no tener que preocuparme porque pueda volver a ocurrir.

Él le dio un apasionado beso.

–Como tengo que asistir a la reunión, no podremos vernos hasta mañana.

–¿Vas a venir a la actuación de mañana por la tarde? –le preguntó ella.

–Por supuesto. No quiero perderme el debut de la princesa de los ponis.

A Kiley se le encogió el pecho de la emoción.

–Le va a encantar verte.

–Gil me ha comentado que la actuación será en el salón principal –dijo él.

–Sí.

–Te llamaré esta noche para contarte cuál ha sido el resultado de la votación.

Mientras veía alejarse a Josh, Kiley se mordió el labio inferior para evitar que le temblase. No le cabía la menor duda de que iba a aceptar a Emmie como hija. No debía de haber muchos hombres que quisiesen asistir a una función infantil si no tenían a ningún niño importante en ella. Y Kiley pensaba que, en cuanto Josh se enterase de que Emmie era suya, este sería el padre cariñoso que su hija siempre había merecido tener.

Pero, ¿cuál era su lugar en aquella ecuación?

Sabía que a Josh le gustaba besarla, estaba segura de que la deseaba, pero no sabía si sería capaz de quererla.

El corazón se le detuvo de repente y le costó respirar. ¿Se había enamorado de él?

Consciente de que era lo que le había ocurrido, abrió muy despacio la puerta de la guardería. La idea no le resultaba cómoda y, sin duda, complicaba todavía más la situación.

No obstante, no podía negarlo. Le gustase o no, estaba perdidamente enamorada de Josh Gordon.

Capítulo Nueve

A la tarde siguiente, Josh detuvo su todoterreno delante de la entrada del club, salió y le dio las llaves a uno de los porteros. Tenía que darse prisa en llegar a la función de Navidad de la guardería.

Si alguien le hubiese dicho varias semanas antes que correría para ver actuar a un montón de niños, habría pensado que estaba loco, pero en esos momentos habría hecho cualquier cosa por no decepcionar a una preciosa niña y a su maravillosa madre.

Frunció el ceño y tomó el programa que, al llegar a la puerta, le ofreció una mujer con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Cuándo habían empezado a ser tan importantes para él Kiley y Emmie? ¿Cómo era posible que hubiese ocurrido tan deprisa?

Notó cómo se le secaba la boca mientras entraba en el salón y buscaba sitio. No era posible que se hubiese enamorado de Kiley. Le gustaba mucho y entre ellos había una química increíble, pero ¿enamorarse?

Se obligó a dejar de pensar en aquello para no volverse loco. Era evidente que deseaba a Kiley, pero eso no significaba que estuviese enamorado de ella.

Y lo que sentía por Emmie era comprensible. Era una niña preciosa y simpática, había que ser un cretino sin corazón para no pensar que era adorable.

Se sentó junto a una pareja de más edad cerca del escenario portátil que habían colocado cerca del árbol de Navidad. Al ver este último, Josh recordó cómo había bailado con Kiley en la fiesta de Navidad. Un baile había sido suficiente para marcharse de allí e ir a su casa, a pasar la noche más increíble de los últimos tres años.

–Hemos venido a ver a nuestro nieto –le dijo la mujer–. ¿Y usted?

Antes de que le diese tiempo a responderle a aquella abuela que era amigo de la directora de la guardería y de su hija, la música navideña inundó el salón y los niños empezaron a ocupar sus puestos en el escenario. Cuando Josh vio a Emmie con su vestido de terciopelo rojo y las coletas, no pudo dejar de sonreír. Era la niña más preciosa del mundo.

La función empezó y Josh rio a carcajadas en varias ocasiones. Kiley y sus asistentes tuvieron que recolocar a varios niños en su sitio, devolver los enormes bastones de caramelo que se les iban cayendo y quitarle a un niño la campana con la que estaba golpeando a otra niña en la cabeza. A él le encantó la función y supo que el resto de los asistentes también había disfrutado mucho.

Después de que los niños cantasen la última canción, Kiley dio las gracias a los asistentes, informó a los padres de que la guardería estaría cerrada el resto de la tarde y luego hizo un gesto a Josh para que subiese

al escenario.

–¿Te importaría ocuparte de Emmie mientras yo lo recojo todo? –le preguntó.

–En absoluto –respondió él, dándole la mano a la pequeña–. Te esperaremos junto al árbol.

Llevó a Emmie a ver los adornos del enorme árbol de Navidad y se quedó maravillado al darse cuenta de que no le importaba estar cuidando de una niña.

–¿Has visto este adorno, Emmie? –le preguntó, señalando un trineo de Santa Claus tirado por ocho renos.

–Ponis –dijo la niña sonriendo.

Él le hizo cosquillas y se echó a reír.

–Solo piensas en una cosa, princesa.

–Tiene una hija preciosa –le dijo la señora que había estado sentada a su lado, que iba con su nieto de la mano–. Es igual que usted.

Josh sonrió e iba a corregirla, pero la mujer no le dio la oportunidad.

–¿Tiene un teléfono móvil? –le preguntó.

–Sí –respondió él, dándole su teléfono–. ¿Necesita hacer una llamada?

–Lo voy a utilizar para haceros una fotografía junto al árbol, y luego nos devolverá el favor haciéndonos otra con nuestro nieto –le dijo la mujer, sacándose una cámara digital del bolso.

–Por supuesto.

A Josh no le importaba que la señora le hiciese una fotografía con Emmie ni tampoco le importó que hubiese dicho que la niña se parecía a él.

Después de haber hecho las fotografías y de que la pareja se hubiese marchado con su nieto, Josh miró el teléfono para ver cómo había quedado la fotografía con Emmie. Sonrió al ver la imagen. Emmie estaba en sus brazos, con una mano apoyada en su mejilla, sonriendo con dulzura.

Josh dejó de sonreír de repente. Normalmente no se fijaba en los parecidos. Su hermano Sam era idéntico a él, pero jamás había pensado que hubiese nadie más que se le pareciese, pero cambió de opinión al ver la fotografía.

Era la primera vez que se veía junto a Emmie y nunca se le había pasado por la cabeza que pudiesen parecerse, pero después de ver aquella fotografía no podía negarlo. Los ojos marrones eran como los de Kiley, lo mismo que la delicada forma de su rostro, pero la niña tenía su nariz y su sonrisa. Y el color del pelo era casi el mismo que el suyo.

–¿Te ha gustado la función? –le preguntó Kiley, acercándose a ellos.

Él levantó la vista y se guardó el teléfono. Luego asintió.

–¿Has terminado ya?

–Sí. Todos los niños están con sus padres y yo he llevado el material a mi despacho –le respondió, tomando a Emmie de sus brazos para dejarla en el suelo.

Luego le puso el abrigo y se lo abrochó.

–¿Te apetece venir a casa a hacer unas galletas?

Josh negó con la cabeza, de repente, necesitaba espacio.

–Me encantaría, pero tengo que volver al trabajo –mintió.

Lo que necesitaba era tiempo para pensar.

–Bueno, te guardaremos unas galletas –le respondió Kiley, completamente ajena a su estado de agitación.

–Sí, nos veremos mañana.

–¿En la reunión del comité? –preguntó ella.

–Sí.

Josh le dio un beso en la mejilla y otro a Emmie en la cabeza antes de ir hacia la puerta del salón.

Salió del club y se metió en su coche, donde estuvo varios minutos sentado, con la vista clavada en el volante. Sabía que Kiley esperaba que se pasase por su casa esa noche, cuando terminase de trabajar, pero necesitaba tiempo para pensar, para hacer cálculos y decidir qué era lo que iba a hacer.

Aparte de aprender a protegerse a sí mismo y a su pareja, no había prestado demasiada atención en las clases de educación sexual. Era normal, ningún adolescente lo hacía. Todos tenían más hormonas que sentido común y no les interesaba el tema de los periodos de gestación, pero no había que ser muy listo para saber que existía la posibilidad de que la princesa de los ponis fuese hija suya.

Delante de la sala de juntas, Kiley se secó las palmas de las manos llenas de sudor en los pantalones e intentó pensar en lo que iba a decir en aquella ocasión para convencer a los miembros del comité de financiación de que aprobasen el aumento del presupuesto para la guardería. Josh le había prometido que recomendaría dicho aumento si le parecía oportuno, pero no le había comentado que hubiese tomado una decisión, y ella tampoco se lo había preguntado.

–Señorita Roberts, el comité la está esperando.

Kiley levantó la vista y vio a uno de los miembros en la puerta.

Entró, se acercó a la mesa y vio a Josh concentrado en tomar notas en su tableta. Ni siquiera la miró y eso hizo que a Kiley se le encogiese el estómago. Aquello no podía presagiar nada bueno.

–Señorita Roberts, ¿han cambiado las necesidades de la guardería desde nuestra última reunión? –le preguntó por fin Josh, mirándola.

Confundida por su tono frío y profesional, Kiley negó con la cabeza.

–No, siguen siendo las mismas.

No entendió que Josh se mostrase tan indiferente ante aquella situación. Había pasado por la guardería muchas veces y sabía para qué necesitaba el dinero y que, si no lo conseguía, el centro no podría seguir funcionando más allá de la primavera.

Josh asintió.

–Debido a nuestra relación, yo no voy a participar ni en la discusión ni en la votación, pero me pasaré por la guardería cuando termine la reunión para informarte del resultado.

Kiley supo que lo único que podía hacer era volver al trabajo y esperara a que Josh le diese una explicación, pero, de camino a la guardería,

empezó a notar que le ardían las mejillas. Estaba enfadada.

Entendía que Josh no participase en la votación debido a un conflicto de intereses, pero pensó que sí podía haber dado su opinión acerca de lo que había observado sobre el funcionamiento del centro. ¿Por qué se había mostrado tan frío? ¿Era su manera de comunicarle que había pocas posibilidades de que consiguiese los fondos? Si así era, la guardería no estaría abierta mucho tiempo más.

–Feliz Navidad, Kiley –se dijo a sí misma en tono sarcástico.

Después de las vacaciones, tendría que empezar a buscar otro trabajo. Estaba segura de que lo encontraría en otra guardería, pero tendría que aceptar lo que le ofreciesen y, con un poco de suerte, el sueldo sería suficiente para llegar a final de mes.

Cuando, una hora después, Josh abrió la puerta y entró en la guardería, Kiley no supo si quería escuchar lo que tenía que decirle. Casi prefería esperar a después de las vacaciones.

–Vamos a tu despacho –le sugirió él.

Kiley asintió y fue hasta su despacho. Josh entró detrás de ella y cerró la puerta.

–No hace falta que me digas el resultado de la votación –empezó Kiley, sentándose en su duro sillón de madera–. Ya sé cuál es.

Respiró hondo e intentó tranquilizarse.

–Lo que quiero saber es a qué te has dedicado estas últimas semanas, porque es evidente que nunca has tenido en mente recomendar un aumento de los fondos para la guardería.

–La decisión se ha pospuesto, pero antes de que hablemos de ese tema, me gustaría hacerte un par de preguntas –le dijo él, frunciendo el ceño–. ¿Sabes que soy el padre de Emmie?

Sorprendida por la pregunta, Kiley asintió.

–Sí –balbució.

–¿Es ese el motivo por el que tu exmarido no quiso saber nada de ella? ¿Sabía o sospechaba que no era hija suya? –continuó.

–No, Mark sigue pensando que Emmie es hija suya –le dijo ella, mirándolo a los ojos–. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que yo tampoco me di cuenta hasta que viniste aquella noche a casa con la pizza. Fue entonces cuando me fijé en que Emmie se parecía mucho a ti.

Él se puso en pie y empezó a andar por la pequeña habitación.

–¿Y por qué no me lo dijiste nada más sospecharlo?

–Quería confirmar mis sospechas antes de hablar contigo –se defendió Kiley.

–¿Y lo has hecho?

Ella se levantó para ponerse a su altura.

–Sí.

–¿Cuándo?

–El día que quedé a comer con Piper, vi a mi exmarido en la cafetería y le pregunté por su grupo sanguíneo. Según la información que he encontrado en Internet, Mark no puede ser el padre biológico de Emmie.

Josh dejó de moverse y la fulminó con la mirada.

–De eso hace una semana, Kiley. ¿A qué estabas esperando para

contármelo? ¿No crees que tenía derecho a saber que tengo una hija?

–Mira, no voy a permitir que me hagas sentir culpable por no haberte dicho en cuanto me di cuenta que Emmie era hija tuya. He hecho todo lo posible porque no pensases que quería utilizarla para influir en tu decisión con respecto a la financiación de la guardería –le dijo, apuntándolo con el dedo índice–. Aunque no tenía que haberme preocupado por eso, porque nunca pretendiste darle una oportunidad a la guardería, ¿me equivoco?

Se dio media vuelta, dándole la espalda, y después se giró de nuevo para mirarlo.

–Solo para que lo sepas, pretendía contártelo en cuanto el comité de financiación me diese una respuesta. Para que no se me pudiese acusar de algo de lo que no soy culpable.

–Vamos a dejar el tema de la guardería fuera de esta discusión –espetó él–. Lo que quiero es que hablemos de mi hija.

–Nuestra hija –lo corrigió Kiley–. Y no hay nada de qué hablar. No voy a impedir que formes parte de su vida si es lo que quieres, pero tengo que poner dos condiciones.

–¿Cuáles? –preguntó él con cautela.

–No quiero dinero. Soy capaz de mantener sola a mi hija.

–Nuestra hija –le recordó él–. Y te voy a dejar una cosa clara: no voy a permitir que me prohíbas que me encargue de ella.

Kiley contó hasta diez e intentó contener las lágrimas. ¿Cómo podía quererlo tanto y, al mismo tiempo, estar tan furiosa con él? ¿Tan desilusionada?

–Ya hablaremos de los detalles en otro momento –consiguió añadir a pesar del nudo que tenía en la garganta–. La condición más importante para mí es que la quieras. Emmie lo merece y, si no vas a poder ser el padre que necesita, prefiero que no tengas ninguna relación con ella.

Él apretó la mandíbula, furioso.

–No puedo creer que pienses que no voy a ser capaz de quererla –espetó–. Será mejor que hablemos del tema más tarde, cuando los dos estemos más tranquilos.

Josh salió de su despacho y de la guardería y ella fue a sentarse a su sillón con piernas temblorosas. Incluso antes de que su hermana le hubiese contado la verdad acerca de su ruptura con Josh, ella siempre había sospechado que este no era un mal tipo. ¿Se habría equivocado?

De repente, se le ocurrió que Josh podía haber pospuesto la decisión acerca de la financiación a la guardería como represalia. ¿Quería vengarse de ella porque no le había contado que era el padre de Emmie nada más sospecharlo?

No podía saberlo, pero, en cualquier caso, una guardería llena de niños no era el mejor lugar para venirse abajo. Ya tendría tiempo de hacerlo cuando llegase a casa.

A pesar de tener la sensación de que se le había roto el corazón en mil pedazos, Kiley intentó guardar la compostura. Era una superviviente. Había superado la ruptura de un desastroso matrimonio y el dolor de ver a su hija rechazada por el hombre que había pensado que era su padre, así que podría superar que Josh Gordon le hubiese roto el corazón, la hubiese

engañado y traicionado.

Se levantó y, sonriendo con firmeza y salió del despacho. Aunque tuviese el corazón roto y estuviese casi segura de que iba a perder el trabajo de sus sueños, tenía que estar ahí para los niños y sus padres. Y no los iba a defraudar.

Sentado casi a oscuras en el salón de su casa, Josh le dio un sorbo al botellín de cerveza medio vacío que tenía en la mano y miró hacia donde estaba el árbol de Navidad que había adornado con su hija durante la tormenta. Su hija. Cerró los ojos y se dejó llevar por una ola de emoción. Tenía una hija.

Solo de pensarlo tuvo que pasarse una mano por la cara para intentar aclarar la maraña de sentimientos que lo había invadido desde que había descubierto que Emmie era suya. Antes ya había adorado a la niña, pero saber que era suya, que tenía su misma sangre, hacía que se le encogiese el pecho. Nunca había sentido tanto amor en toda su vida, y había surgido de manera casi instantánea.

Y luego estaban los sentimientos que tenía por su madre. Al principio había pensado que se trataba solo de deseo, pero después se había convertido en algo mucho más fuerte de lo que jamás habría imaginado.

Tenía el corazón tan acelerado que tuvo que respirar profundamente varias veces antes de rendirse y reconocer algo a lo que había estado intentando evitar poner nombre hasta entonces. Sin darse cuenta, se había enamorado de Kiley.

Había sabido que quería pasar mucho tiempo con ella y que la deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer en su vida, pero nunca había pensado que podía estar enamorándose.

Una vez reconocida la emoción, supo que quería ser el hombre que la abrazase mientras dormía, que quería despertar a su lado todos los días y pasar el resto de su vida mimándola como jamás la había mimado el imbécil de su exmarido. Quería ayudarla a criar a Emmie y quería que tuviesen más hijos.

Por desgracia, estaba casi seguro de haberlo estropeado todo con sus palabras y su actitud cuando habían hablado en el despacho de la guardería. Tenían que hablar y encerrándose en casa dándole vueltas a las cosas no iba a arreglar nada.

–Lo has echado todo a perder, Gordon –se murmuró a sí mismo mientras abría los ojos para mirar la botella que tenía en la mano.

Se terminó la cerveza y dejó la botella vacía en la mesa, junto a otras tres que se había bebido antes. Había reaccionado de manera exagerada y lo único que había conseguido era apartar de su lado a la única mujer a la que había amado en toda su vida.

Suspiró pesadamente. Después de haber tenido un par de días para calmarse y empezar a ver las cosas de manera más racional, entendía que Kiley hubiese querido estar segura de quién era el padre de Emmie antes de hablar con él.

Incluso comprendía que no hubiese querido darle la noticia hasta

después de que el comité de financiación se hubiese reunido. Kiley no había querido que se pudiesen cuestionar sus motivos. Y él respetaba y admiraba su integridad.

Además, a pesar de saber que los miedos de Kiley eran infundados, también entendía que le hubiese dado miedo que él no pudiese ser el padre que Emmie necesitaba. Estaba intentando proteger a su hija, a la hija de ambos, y Josh no podía culparla por ello. De hecho, lo contrario lo habría decepcionado.

Con la vista clavada en las luces del árbol de Navidad, Josh pensó en las últimas semanas. Después de haber pasado mucho tiempo con Kiley y Emmie, se había dado cuenta de cómo podía ser su vida, y aquella vida era lo que más quería en el mundo.

Sonrió con los ojos húmedos. Le gustaba cenar delante de la televisión, aunque fuese para ver la misma película de dibujos animados cada vez. Y, cuando la princesa de los ponis se quedaba dormida y la llevaban a la cama, le encantaba quedarse sentado en el sofá con Kiley, abrazándola, charlando con ella y besándola hasta que ambos se quedaban sin aliento.

Incluso le había encantado aceptar la responsabilidad de protegerlas. Al principio, Kiley no había querido que Josh las llevase a su rancho el día de la tormenta, pero él no había soportado la idea de que pudiesen sufrir un accidente de tráfico, ni había querido imaginárselas sin electricidad en casa.

Volvió a suspirar, maldijo entre dientes y se dijo que quería a Kiley y a Emmie de manera incondicional y que eso nunca iba a cambiar, pero se temía haberse dado cuenta demasiado tarde.

Incapaz de seguir sentado, se levantó, recogió las cervezas y salió a tirarlas al contenedor de vidrio. En el jardín, miró hacia el cielo estrellado. Lo quería todo. Quería a Kiley, a Emmie, y quería ser el mejor marido y padre que pudiese ser, pero tenía que decidir cómo iba a recuperarlas. ¿Cómo iba a arreglar las cosas con Kiley?

No sabía si había algo que pudiese reparar el daño causado, pero tenía claro que tenía que intentarlo. Si no, estaba seguro de que lo lamentaría durante el resto de su vida.

Capítulo Diez

Dos días antes de Navidad, Kiley estaba sentada en el salón, viendo jugar a Emmie con el castillo de ponis que sus abuelos le habían regalado la noche que Kiley y Josh habían ido a la fiesta de Navidad. Llevaba varios días fatal, preguntándose si podía haber manejado la situación con Josh de otra manera. Después de repasarlo todo en su mente una y otra vez, había llegado a la conclusión de que lo había hecho lo mejor posible.

Si le hubiese hablado de sus sospechas antes de estar segura, habría parecido que quería utilizar a Emmie para mantener la guardería abierta, y si después Josh no hubiese sido el padre, ella habría quedado como una tonta. O Josh podría haber pensado que quería extorsionarlo para que mantuviese a una hija que no era suya.

Suspiró, se puso en pie y fue a la cocina a meter la taza de café que tenía en la mano en el lavaplatos. En cierto modo, entendía que Josh se hubiese enfadado. Tenía que haberse quedado muy sorprendido al enterarse de que tenía una hija de dos años, pero ese no era motivo para no haber querido seguir escuchando sus explicaciones.

Además, Josh le había prometido que iba a pensar seriamente en aumentar el presupuesto de la guardería. ¿Por qué no había informado al comité de sus observaciones y después hubiese dicho que quería quedarse fuera de la votación? Él había sabido que era la única oportunidad que había de que la guardería se mantuviese abierta. Para Kiley solo existían dos posibles explicaciones a su reacción: que realmente no le hubiese gustado cómo funcionaba la guardería, o que hubiese querido utilizar aquello como venganza. Y eso le dolía casi tanto como que no hubiese querido escucharla.

Perdida en sus pensamientos, se sobresaltó al oír sonar el teléfono. Debían de ser sus padres, que querrían saber a qué hora iban a ir Emmie y ella el día de Navidad, pero al mirar la pantalla del teléfono vio que se trataba del número del Club de Ganaderos de Texas.

–Kiley, siento molestarte, pero necesitamos que vengas al club –le pidió Gil Addison cuando descolgó.

–¿Ocurre algo? –preguntó ella.

Al final se había resuelto el problema con el hijo de Beau Hacket, que pronto estaría en una escuela militar, y Kiley esperó que no hubiese sucedido nada con la guardería.

–No –le aseguró Gil–. Solo queremos hablar de tu trabajo en el club.

Ella pensó que aquello era estupendo. Iban a despedirla en plenas vacaciones de Navidad.

–Estaré allí dentro de una hora.

–Estupendo –respondió Gil alegremente–. Hasta luego.

Kiley colgó y se quedó mirando fijamente el teléfono. Había pensado que Gil estaba contento con su trabajo, pero en esos momentos parecía contento porque iba a deshacerse de ella.

Se preparó para enfrentarse a lo inevitable y preparó también a Emmie mientras se preguntaba por qué habrían decidido terminar con su contrato antes de que este finalizase en vez de esperar a la primavera.

–Seguro que tu papá tiene algo que ver con ello –le dijo a la niña sin pensar.

–¿Papá? –preguntó Emmie, claramente confundida, mirando a su alrededor.

–No, cariño –le dijo ella, reprendiéndose en silencio por haber hecho semejante comentario–. Mamá se ha equivocado.

Veinte minutos después llegaban al club. En el aparcamiento había varios coches conocidos, entre ellos los de Piper y Ryan, y ella se preguntó qué estarían haciendo allí. Había imaginado que estarían terminando de organizar su boda. De hecho, todo el mundo debía estar ocupado con las compras de última hora, o pasando las vacaciones con la familia.

–Vamos a terminar con esto lo antes posible, Emmie –dijo, sacándola de su silla para ir hacia la puerta.

Esta se abrió antes de que a ella le diese tiempo a tocarla.

–Me alegro de que hayas podido venir con tan poca antelación –la recibió Piper sonriendo.

Kiley frunció el ceño.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Han convocado una junta extraordinaria del comité de financiación –le contó su amiga mientras avanzaban por los pasillos del club–. Y yo he venido para apoyarte moralmente.

Antes de entrar en la sala de reuniones, Kiley dejó a Emmie en el suelo para quitarle el abrigo y quitarse también el suyo.

–Ryan no está en el comité –comentó–. ¿Qué estás haciendo aquí en realidad, Piper?

–Ryan también ha venido a apoyarte –respondió esta sonriendo misteriosamente–. Lo mismo que la mayoría de los padres que tienen hijos en la guardería.

–Y yo se lo agradezco, pero dudo que vayamos a conseguir algo –comentó Kiley cansada.

No había dormido bien desde la discusión con Josh y tenía la sensación de que iba a seguir sufriendo insomnio durante muchos días.

–Entra –le dijo Piper–. La reunión no durará mucho.

Kiley tomó a su hija de la mano y abrió las puertas de la sala, entró y miró a su alrededor. Habían puesto varias mesas en el escenario que la guardería había utilizado para la función y detrás de ellas estaban sentados los miembros del comité de financiación.

La mayoría de los niños de la guardería y sus padres estaban sentados en sillas delante del escenario y ella les agradeció el apoyo aunque supiese que no iban a influir en la votación del comité.

–Señorita Roberts, ¿se puede acercar? –le preguntó Josh.

Kiley, que había evitado mirarlo hasta entonces, tuvo que clavar la vista

en él. Al contrario que el resto de los miembros del comité, no iba vestido de traje, sino con pantalones vaqueros y botas. Kiley pensó que nunca lo había visto tan guapo, pero no entendió que hubiese ido allí vestido de manera tan informal.

Mientras se acercaba a las mesas, se sorprendió al verlo levantarse y sonreír.

–No puedo presidir la reunión ni votar acerca del futuro de la guardería, ya que representaría un conflicto de intereses –dijo este–. No obstante, tengo derecho a dar mi opinión.

Josh bajó del escenario y se puso al lado de Kiley.

–¿Qué está pasando? –le preguntó ella en un susurro.

–Espera –le respondió él.

–¿Nos podemos sentar? –añadió Kiley, preguntándose por qué tenían que humillarla delante de todo el mundo.

–No. Solo escucha –insistió Josh, sonriéndole.

En ese momento, Emmie golpeó a Josh en la pierna para que la tomase en brazos.

Sin dudarlo, Josh tomó en brazos a su hija.

–¿Qué tal está mi princesa? –le preguntó.

A Kiley se le encogió el pecho de la emoción. Aunque ella no le importase, era evidente que Josh quería a su hija.

–Nos han informado de que el comité de financiación tenía que revisar el presupuesto de la guardería –empezó Beau, haciendo que todo el mundo lo mirase–. Y Gil Addison nos ha pedido además que revisemos el contrato que la señorita Roberts tiene con el club como directora de la guardería.

Kiley pensó que aquel era el momento en el que iban a decirle que le rescindían el contrato, pero siguió sin entender que quisieran estropearle las vacaciones de Navidad. ¿Por qué no podían haber esperado a principios de año?

–Tengo entendido que tienes algo que decir –le dijo Beau a Josh.

Este asintió y, con Emmie sentada en su brazo, avanzó hacia él.

–Cuando la señorita Roberts se dirigió al comité para solicitar más fondos para la guardería, yo empecé a observar el funcionamiento de la misma para determinar si dicho dinero era necesario o no.

–¿Y cuál es tu conclusión? –añadió Beau.

A Kiley le sorprendió que hablase en tono tan afable. Tal vez fuese su manera de compensarla por lo que había hecho su hijo.

–He observado a la señorita Roberts en diferentes situaciones en la guardería y lo único que puedo decir es que me he quedado muy impresionado con su dedicación y con cómo trata a los niños –dijo Josh–. Da atención individualizada a los niños y hace que todos se sientan importantes. También he observado sus métodos para imponer disciplina y el cariño y el respeto con el que pone en ellos.

Se echó a reír.

–Vi cómo un niño se iba tan contento al rincón de pensar sin protestar, sin que la profesora tuviese que levantar la voz.

Luego se giró a mirarla.

–Y dudo que nadie hubiese podido organizar una función de Navidad

mejor.
Los padres rompieron el silencio aplaudiendo y varios gritaron palabras de ánimo y apoyo a Kiley.
Cuando volvieron a quedarse en silencio, Josh continuó:
–En conclusión, opino que el Club de Ganaderos de Texas tiene una guardería excepcional. Y que esto hay que agradecérselo a la dedicación y experiencia de Kiley Roberts. Por eso recomiendo al comité que vote para que la guardería pueda mantener sus puertas abiertas con los fondos necesarios para ello.
–A mí me gustaría añadir que pienso que el club debería renegociar el contrato de Kiley Roberts, incluida una subida de sueldo y una renovación por cinco años más –comentó Gil Addison, acercándose para ponerse al lado de Josh.
Los padres volvieron a aplaudir y a gritar.
A Kiley se le llenaron los ojos de lágrimas, no podía hablar.
–Gracias –balbució, mirando al hombre al que amaba.
Deseó que sus problemas se pudiesen resolver con la misma facilidad que el destino de la guardería. Por desgracia, no estaba segura de que fuese a ser así.
Beau utilizó el martillo para poner orden.
–¿Algún comentario más? –preguntó.
–Mi hijo, Cade, ha aprendido más en la guardería durante los últimos meses que en todo el tiempo que estuvo en el centro al que iba antes –añadió Gil.
–Todos los niños adoran a la señorita Kiley –comentó Winnie Bartlett–. Mis hijas quieren venir a la guardería incluso los fines de semana.
–Yo propongo que adoptemos las recomendaciones de Josh Gordon –dijo sonriendo la única mujer que había en el comité.
–Apoyo la moción –intervino uno de los hombres.
–En ese caso, procedamos a votar –dijo Beau sonriendo–. Quienes estén a favor de las recomendaciones de Josh Gordon y Gil Addison, que levanten la mano.
Todos los miembros del comité, incluido Beau y Paul Windsor, levantaron la mano.
–Hay unanimidad –comentó Beau–. Moción aprobada.
Y, dicho aquello, dio otro martillazo.
Kiley no podía creer lo que acababa de ocurrir. Había ido al club pensando que la iban a despedir, pero le habían asegurado su puesto de trabajo para cinco años más, además de una subida de sueldo.
Beau Hacket volvió a utilizar el martillo para acallar vítores y aplausos.
–Orden, por favor –dijo, mirando a Josh–. Tengo entendido que Josh quiere decir algo más.
Kiley frunció el ceño. ¿Qué más quería añadir Josh?
Todavía con Emmie en brazos, este se giró hacia Kiley, tomó su mano y la hizo subir al escenario.
–El motivo por el que haber participado en la votación habría sido un conflicto de intereses es que, como muchos sabéis, Kiley y yo llevamos varias semanas saliendo juntos –empezó, mirándola y sonriendo–. No

podía votar acerca de un tema en el que está implicada la mujer a la que amo.

Todo el mundo aplaudió y Kiley miró a Piper, que estaba junto a su prometido, Ryan Grant. Su amiga estaba sonriendo y tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Todo va a salir bien –le dijo–. Estoy feliz por ti.

Y Kiley, sintiéndose como si estuviese casi en un sueño, miró a Josh. Todavía tenían problemas por resolver, pero, por primera vez en varios días, tenía la esperanza de poder hacerlo.

–Solo quiero añadir una cosa más –dijo él–. Me gustaría daros las gracias a todos por haber venido a apoyar a Kiley y a la guardería.

Luego, se acercó a ella y le susurró al oído:

–Venga, vámonos de aquí. Tengo algo en el rancho que quiero que vea Emmie y, además, tenemos que hablar.

Salieron del club en silencio y una vez subidos los tres en el todoterreno de Josh, Kiley sintió que empezaba a recuperar el equilibrio. Josh la había sorprendido recomendando el aumento de fondos para la guardería y diciendo en público que la quería, pero en esos momentos Kiley prefirió mostrarse cauta. Que Josh hubiese dicho que la amaba no significaba que lo suyo pudiese funcionar.

Josh aparcó junto a los establos y miró a la mujer que tenía al lado. Kiley era la única mujer a la que había amado y amaría nunca. Y tenía que arreglar las cosas.

–Gracias por acceder a que os traiga aquí, al rancho –le dijo, tomando su mano–. Quería darle a Emmie su regalo de Navidad.

Kiley asintió con cautela.

–Estoy segura de que le va a encantar, sea lo que sea.

Josh supo que le había hecho daño y comprendió que fuese cauta. Él se había comportado como un idiota y sabía que no había arreglado la situación aunque hubiese dicho delante de todo el mundo que la amaba. No obstante, estaba preparado para hacer lo que fuese necesario para que Kiley le diese otra oportunidad.

–Quiero ver ponis –gritó Emmie desde su asiento.

Al parecer, había reconocido los establos.

–Por supuesto, princesa –le dijo Josh sonriendo por el espejo retrovisor a la niña más preciosa del mundo entero.

Tanto ella como su madre eran lo más importante del mundo y, si Kiley le daba la oportunidad, él se lo demostraría.

Salió del todoterreno, lo rodeó para abrirle la puerta a Kiley y ayudarla a salir y después sacó a Emmie también y la dejó en el suelo.

–¿Preparada para ver ponis?

Emmie aplaudió contenta.

–Sí, quiero tocar un poni.

–También puedes montarlo –le respondió él sonriendo.

La niña sonrió todavía más.

–Quiero montar.

–No vas vestida para montar a caballo –intervino Kiley, frunciendo el ceño–. ¿Este es el motivo por el que ibas vestido de manera tan informal para la reunión? ¿Pensabas montar a caballo después?

Josh se encogió de hombros.

–No voy a montar, pero el traje y la corbata no son lo más adecuado para un establo.

–No lo entiendo –comentó Kiley confundida.

–El regalo de Navidad de Emmie está en el establo –le dijo él sonriendo.

–No.

Josh asintió.

–Sí. A mi hija le gustan los ponis, así que va a tener uno.

–La vas a malcriar, Josh Gordon.

–Esa es precisamente mi intención.

Quiso decirle a Kiley que también quería mimarla a ella, pero ya lo haría más tarde.

Jamás olvidaría la expresión del rostro de Emmie cuando Bobby Ray salió del establo con un poni ensillado.

–¡Poni! ¡Poni! –exclamó la niña emocionada.

–Esta es Rosy –le dijo él, sentándola en la silla–. Tu poni.

–¿Mi poni? –preguntó la pequeña encantada.

Josh le puso un casco e hizo andar al animal por el corral hasta que se dio cuenta de que Martha estaba esperando junto a la valla. Le había pedido que cuidase de Emmie mientras él intentaba arreglar las cosas con Kiley.

Así que bajó a su hija del poni y le dio las riendas a Bobby Ray.

–Podrás montar otro poco más tarde, princesa. Ahora, ¿por qué no vas a comer con Martha mientras yo hablo con tu mamá?

Emmie sonrió y les dijo adiós mientras iba con Martha de camino a la casa.

–Adiós.

–Es una niña increíble, Kiley –dijo Josh sonriendo–. Has hecho un trabajo maravilloso con ella.

–Es todo mi mundo –admitió ella, sonriendo por primera vez desde que habían salido del club.

–¿Y hay espacio para mí en ese mundo tuyo? –le preguntó él en tono cariñoso, tocándole suavemente la mejilla.

–Josh, por favor... –respondió ella retrocediendo–. No quiero que digas esas cosas si no las sientes.

Él la abrazó con fuerza para no dejarla escapar. Estaba decidido a arreglar las cosas entre ambos. Era la única posibilidad que tenían de construir un futuro juntos.

–Kiley, no renuncies a lo nuestro –le pidió, levantándole la barbilla para que lo mirase a los ojos–. Sé que te he hecho daño, pero escúchame antes de tomar la decisión de romper lo que tenemos.

Ella lo miró fijamente varios segundos antes de hablar.

–Aparte de a Emmie, ¿qué más tenemos, Josh?

–Amor –respondió él–. Nos amamos. Y yo tengo la intención de luchar por ese amor. Te quiero, Kiley.

–El otro día no te sentías así –le recordó ella–. Te marchaste en mitad de la que posiblemente era la conversación más importante que hemos tenido y tendremos. Una conversación acerca de nuestra hija.

Josh vio a Kiley emocionada y decepcionada y se sintió fatal.

–Sé que me comporté como un idiota, y lo lamento más de lo que imaginas –respondió con toda sinceridad–. Me marché porque necesitaba tiempo. Sé que no es excusa, pero es la verdad. Cuando me di cuenta de que Emmie era mía, me quedé tan sorprendido que no supe reaccionar, pero lo que más me enfadó fue que tú supieras que era el padre y no me lo hubieses dicho nada más empezar a sospecharlo.

–No quería ser alarmista y pensaba que podía estar equivocada –se defendió ella–. Tampoco quería que tú pensases que estaba utilizando a Emmie para mantener la guardería abierta.

Él asintió.

–Ahora que he tenido tiempo para pensar, lo entiendo. Y te admiro por cómo has manejado la situación. Pero en esos momentos solo podía pensar que me habías engañado.

–Y yo sentí que me habías traicionado cuando pospusisteis la decisión del comité de financiación acerca de la guardería –admitió Kiley–. Me habías prometido hacer una evaluación justa del centro, pero aquella tarde te comportaste como si el mero hecho de que yo hubiese solicitado los fondos fuese un inconveniente.

–A decir verdad, la guardería era la última de mis preocupaciones –le dijo Josh–. Pedí que se retrasase la votación porque, dado mi estado de ánimo, me parecía lo más justo.

–¿Y por qué convocaste una reunión extraordinaria para hoy? –le preguntó Kiley con el ceño fruncido–. ¿No podías haber esperado a después de las vacaciones?

–Quería asegurarme de que se trataba el tema lo antes posible para zanjarlo y de ese modo poder dedicarme a arreglar las cosas contigo.

Josh le dio un beso en los labios y, al ver que Kiley no protestaba, continuó:

–Te quiero, Kiley –le dijo, dándole un beso en la frente–. Y, si tú me lo permites, quiero pasar el resto de mi vida compensándote por cómo reaccioné.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas y Josh se sintió todavía peor al saber que él era la causa de su dolor.

–No hace falta que digas eso, Josh. No voy a impedirte que veas e Emmie.

–Ya lo sé, cariño.

Le dio un beso y después sonrió.

–Lo que estoy intentando decirte es que no solo quiero a Emmie, sino también a ti. Te quiero más que a mi vida. Quiero casarme contigo y llenar esta casa de niños.

–Josh, no sé...

–¿Tú me quieres, Kiley?

Esta asintió, de repente, tenía las mejillas llenas de lágrimas.

–¿Y te vas a casar conmigo?

–No… no sé…

Él volvió a besarla. Cuando rompió el beso, se sentía tan aturdido como si acabase de correr un maratón.

–¿Y ahora, lo sabes?

–Yo… la verdad es que no me estás dejando pensar –admitió Kiley, confundida.

–Solo di que sí, Kiley.

Ella siguió mirándolo y Josh supo que estaba a punto de responder lo que ambos querían.

–Sí.

–¡Menos mal!

Josh la soltó y buscó en el bolsillo de su pantalón una pequeña caja de terciopelo rojo.

–Kiley, ¿te quieres casar conmigo?

Ella se echó a reír y se tapó la boca con ambas manos.

–Ya me lo has preguntado y te he dicho que sí.

–Dímelo otra vez –le pidió él riendo mientras abría la caja, sacaba de ella un anillo con un diamante y se lo ponía–. Y sigue diciéndomelo hasta que celebremos nuestro setenta y cinco aniversario de boda.

–Sí, me quiero casar contigo, Josh Gordon –dijo ella, abrazándole el cuello.

–Bien.

Josh le dio un beso y luego la tomó de la mano para llevarla hacia la casa.

–¿Se lo vamos a contar a Emmie? –le preguntó Kiley.

–No. Ya se lo contaremos más tarde, cuando hayamos hablado con nuestras familias. Sé que nos van a hacer muchas preguntas acerca de mi paternidad, pero las responderemos juntos.

–¿Vendrás a casa de mis padres el día de Navidad? –quiso saber ella.

Josh asintió.

–Podemos ir a Midland a ver a tus padres y, de vuelta a casa, parar a contarle a mi hermano que vamos a formar una familia, pero ahora mismo tengo otra cosa en mente. Se echó a reír y cerró la puerta del corral detrás de ellos.

–Y este no es el mejor lugar para llevarla a cabo.

–Eres incorregible, Josh Gordon –lo reprendió ella riendo.

–No, cariño. Soy un hombre enamorado de la mujer más atractiva del planeta –la corrigió, abrazándola para darle otro beso.

–Te quiero, Josh –le dijo ella en voz baja.

–Y yo a ti, Kiley.

Sonriendo, Josh le tomó la mano.

–Ahora, vamos a casa, a empezar a planear nuestra vida juntos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

